

***LA SANTA
JUANA***
(Primera Parte)
Tirso de Molina

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- La SANTA Juana
- JUAN Vázquez, su padre
- DON JUAN
- MARCO ANTONIO
- LUDOVICO
- LILLO, lacayo
- FRANCISCO Loarte
- Juan MATEO, viejo
- Doña LEONOR
- SAN FRANCISCO
- SANTO DOMINGO
- La ABADESA
- El ÁNGEL de la guarda
- Sor MARÍA Evangelista
- MAESTRA de novicias
- CARLOS V, rey
- Don ALONSO de Fonseca, arzobispo de Toledo
- El gran CAPITÁN
- DECIO
- Un CRIADO
- Una NIÑA
- ELVIRA
- GIL
- CRESPO
- TORIBIO
- LLORENTE
- MELCHOR
- JULIO
- FABIO
- Ocho LABRADORES
- CECILIA, criada
- MÚSICOS

ACTO PRIMERO

*Salen ELVIRA y GIL de las manos, la SANTA al lado de
ELVIRA, como su madrina; JUAN Vázquez, su padre, padrino;
CRESPO, TORIBIO y LLORENTE, los MÚSICOS, cantando todos,
de
PASTORES, con mucha grita*

MÚSICOS: "Novios son Elvira y Gil,
él es mayo y ella abril;
para en uno son los dos,
ella es luna y él es sol."

TORIBIO: "Elvira es tan bella."

TODOS: "Como un serafín."

TORIBIO: "Labios de amapola."

TODOS: "Pechos de jazmín."

TORIBIO: "Carrillos de rosa."

TODOS: "Hebras de alelís."

TORIBIO: "Dientes de piñones."

TODOS: "Y aliento de anís."

TORIBIO: "Gil es más dispuesto..."

TODOS: "...que álamo gentil."

TORIBIO: "Tieso como un ajo."

TODOS: "Fuerte como un Cid."

TORIBIO: "Ella es hierbabuena."

TODOS: "Y él es peregil."

TORIBIO: "Ella la altemisa."

TODOS: "Y él el torongil.

*Novios son Elvira y Gil,
él es mayo y ella abril;
para en uno, son los dos,
ella es luna y él es sol."*

LLORENTE: ¡Par Dios que habéis cantado
bravamente!

TORIBIO: ¿Ha estado bueno?

LLORENTE: ¡No lo entonara Galeno

tan bien!

GIL: Habéisnos honrado.

JUAN: Aquí los novios se asienten
mientras se pasa la siesta.

GIL: Apacible sombra es ésta.

CRESPO: A docenas, Gil, se cuenten
los hijos que os diere Dios,
y para cada cual de ellos
más ducados que cabellos
tengáis. Gocéisos los dos
más que Sara y Abrahán,
y calme Dios con ventajas
de vino vuestras tenajas
y vuestras trojes de pan.

Y por decir cuanto puedo,
por junto, hágaos el Señor
el más rico labrador
de la Sagra de Toledo.

Todo el mundo os quiera bien,
honrándoos por varios modos;
y pues he habrado por todos,
respondan todos, Amén.

TODOS: Amén.

GIL: Todo ese bien y ventura
que nos habéis deseado,
os vuelva el cielo doblado
con la bendición del cura;
que ya mi Elvira imagina
que, con favores sin tasa,
Dios bendice nuesa casa
por virtud de la madrina.

Pues si en tales regocijos,
porque más dicha nos cuadre,
la madrina es casi madre
y los novios son los hijos,
el bien que el cielo la ofrece
es bien que a los novios caya,
porque nos digan, "Bien haya
quien a los suyos parece."

Juana es la vertú de España

tan buena como el buen pan.
Juan Vázquez, su padre, es Juan,
que basta, y aquí en Hazaña,
nueso puebro, es tan amado
del poderoso y del chico,
que con ser hombre tan rico
de ninguno es envidiado.

Quien los conoce, los llama
de toda esta Sagra espejos;
él es dechado de viejos
y ella de doncellas fama.

Y así padrinos los nombra
por participar su estima;
que al que buen árbol se arrima
le cobija buena sombra.

JUAN: Basta, Gil, no digáis más;
págueos la alabanza Dios,
que es propio al bueno, cual vos,
decir bien de los demás.

Yo y mi Juana, a vos y a Elvira
os quedamos obligados,
que sois ya nuesos ahijados;
y, pues mi afición os mira
cual hijos, ved lo que os cuadre
en mi casa, que desde hoy
hijos sois y padre soy.

LOS DOS: ¡Viváis mil años, compadre!

JUAN: Hablad, Juana, a vuestra ahijada.

SANTA: Vos, padre, habláis por los dos.

Hágaos sierva suya Dios,
Elvira, y muy bien casada.

LLORENTE: Propia bendición de santa;
breve, en fin, y compendiosa.

TORIBIO: Siesta hace rigurosa,
vuestro sosiego me espanta.

Hagamos algo.

GIL: Mi bien,
no sale el sol tan bizarro
cuando en su lucido carro
alumbra el mundo.

CRESPO: ¡Qué bien!

Reírme del dicho quiero.
Muy bien sabéis requebrar,
mas quiérote preguntar,
Gil, si el sol es carretero.

Que si en carro le rotulas,
cuando muestra su arrebol,
podrá ser que quiera el sol
comprarme mi par de mulas.

GIL: Crespo, déjanos aquí.

CRESPO: ¡Quién oyera al sol ligero
decir siendo carretero,
¡arre, mula, pesia á mí;
y de Madrid a Toledo,
cuando llueve o hace barro,
junto a Cabañas el carro
atascado, tieso y quedo,
echar votos!

TORIBIO: Majadero,
¿el sol había de votar?

CRESPO: Sí, par Dios, y aun renegar,
si es que el sol es carretero.

¡La necedad en que ha dado
nuestro lenguaje español!
No hay estrellas, luna o sol,
plata, oro o cristal helado,
que luego no dé con ello
en la cara de su dama.

El hombre que quiere y ama,
la hace de oro el cabello,

porque tiene algunos rojos;
perlas los dientes; cristal
la frente; el labio coral,
y soles después los ojos.

¡Válgate el diablo! Repara,
amante, que una mujer
es imposible traer
tanto en un palmo de cara.

LLORENTE: Calla, necio, antes trae más.

CRESPO: ¿Más?

TORIBIO: Sí.

LLORENTE: Pues ¿no es cosa llana?

Mira tú una cortesana

con atención y verás

en la más honesta y casta

sueltas todas esas dudas.

Cara hay que ha gastado en mudas

de huevos una banasta,

cien cantarillas de miel,

veinte cofines de pasas;

pues ¿qué si al solimán pasas,

turco del rostro crüel,

que la destruye y jalbega?

No gasta en un año entero

tanta cal un pastelero

cuando la Pascua se llega,

como una cara pringada,

pues la de más bizarría

no es más que pastelería

por la Pascua jalbegada.

La color, pues, que codicia

encubrir la opilación,

no gasta más bermellón

una casa a la malicia.

Pues el sebo que hace hermosas

las manos, ya es tanto y tal,

que sin ser de Portugal

las pueden llamar sebosas.

Eso es lo que yo más llevo

de su engañoso arrebol;

¿por qué ha de ser luna y sol

lo que es solimán y sebo?

¿No fuera menos trabajo,

sin andar de Ceca en Meca,

llamar la cara manteca

y a los dientes, dientes de ajo,

que son blancos y son dientes;

a los cabellos esparto,

que es rubio a veces y hay harto,
y no rayos transparentes,
el sol y la luna clara
con que amantes y poetas
dicen que andan los planetas
saltando de cara en cara?

LLORENTE: Al menos las de la Sagra
no se afeitan.

TORIBIO: ¿No? Verá.
Todas son de corte ya,
cualquier *per signum* se almagra.

GIL: Dejemos eso y tratemos
algo que nos entretenga.

ELVIRA: Bien dices. Un juego, venga.

LLORENTE: Di, ¿queréis jugar? Juguemos
a los propósitos.

ELVIRA: Son
melancólicos.

TORIBIO: No hay juego
de más gusto y más sosiego
que buena conversación.
Proponed alguna enigma,
y la novia dé un favor
al que la acierte mejor.

JUAN: Si mi parecer se estima,
cada cual, por varios modos,
pinte aquí las propiedades,
efetos y calidades
del amor; y el que entre todos
mejor al rapaz pintare,
Elvira le dé un listón.

GIL: Nuesamo tiene razón.

LLORENTE: Cada cual piense y repare.

SANTA: Padre: dejémonos de eso
que es ocioso disparate.

JUAN: ¿De qué quieres que se trate?

SANTA: De algún ejemplo o suceso
en que dos buenos casados
y santos nos entretengan,
y de ellos a aprender

vengan su virtud los desposados.

Éste es lindo pasatiempo.

Cuentos sé yo, no sé cuántos,
de algunos casados santos.

JUAN: Quien da lo que es suyo al tiempo
es discreto, y el que ves
es más de entretenimientos,
hija, que de tales cuentos;
guárdalos para después.

Que si al tiempo te acomodas,
has de hablar, según mi ejemplo,
en el templo, como en templo,
y en las bodas como en bodas.

En boda estás; esta vez
goza su conversación.

SANTA: Obedecerte es razón.

JUAN: Vaya, que yo seré el juez.

CRESPO: Yo os sacaré a la vergüenza,
Amor, si os llego a pintar.

Llorente, tú has de empezar.

LLORENTE: ¿Yo?

GIL: Tú.

LLORENTE: Comienza.

TORIBIO: Comienza.

LLORENTE: Paréceme a mí que Amor

será un pequeñuelo infante
de alegre y bello semblante,
trapacista, enredador,
desnudo por el calor
de su irreparable fuego,
con dos alas, medio ciego
y amigo de hallarse en todo,
con el indio, con el godo,
con el español y el griego.

Serán sus propios efetos
sujetar con dulces daños
floridos y verdes años
y engañar libres sujetos;
volver los necios discretos

y Demóstenes los mudos,
romper de Gordio los ñudos
y oprimir con leyes graves,
desde las vestidas aves
hasta los peces desnudos.

Son los efectos de amor
mezclar penas con consuelos,
satisfacciones con celos
y esperanzas con temor;
el favor y el disfavor,
lo amargo con lo sabroso,
lo cierto con lo dudoso,
como yo he experimentado,
pues que vivo enamorado,
triste, confuso y celoso.

Ya yo he dicho, Elvira hermosa.

ELVIRA: Y harto bien.

LLORENTE: Ese favor
quiero agradecerle a Amor.

JUAN: Diga Toribio.

TORIBIO: ¿Yo en prosa?
Harto mejor os prometo
que en poesía lo dijera.

ELVIRA: Vaya en verso.

CRESPO: ¡Copla fuera!

TORIBIO: Tomad allá este soneto:

Amor, deidad que lo imposible alcanza,
es propensión violenta en quien se inclina,
celeste influjo, en cuanto predomina,
pues si éste cesa, entibia la mudanza;

Amor es relación de semejanza
que al objeto su movil se encamina;
sangre nos dice que es la medicina
y un mixto del temor y la esperanza.

La dama en interés funda su empleo;
el torpe afirma ser sólo apetito,
pero unidad el lícito deseo.

El del alma es virtud, pero delito

el material, mudable, torpe y feo,
que Amor es dios, y aspira a lo infinito.

CRESPO: Como en Alcalá estodiabas
tienes pergeño sutil.

JUAN: Ea, diga agora Gil.

GIL: Digo, pues.

LLORENTE: ¿Y en qué?

GIL: En octavas.

Amor, conforme yo le he imaginado,
será como quien es, hijo de herrero,
un muchacho mal hecho, corcovado,
asido de los fuelles, negro y fiero;
su madre enredadora le habrá dado
algunas licioncillas de hechicero,
con que las brasas sopla y fuego atiza
del descuidado amante a quien hechiza.

Su propiedad y efeto no consiste
sino en quitar el seso y sufrimiento
al pobre amante en cuya esfera asiste,
obligando a locuras su tormento;
y así ya está el amante alegre y triste,
celoso, confiado, descontento;
ya teme, ya es valiente, ya travieso.
¡Mal haya, amén, amor que quita el seso!

LLORENTE: ¿Cómo, Gil, recién casado.
y amor tan aborrecido?
O tu estás arrepentido
o sin duda que has hablado
por boca de ganso.

CRESPO: ¿Hay tal?

GIL: Por mi honra volver quiero;
yo, el amor que vitupero
no es el amor conyugal,
que aquése es tan atinado
que idolatro en sus favores.

LLORENTE: Pues ¿cuál?

GIL: Hay dos amores,
soltero uno, otro casado.

El soltero es el dimonio
y sus faltas saco a luz.

CRESPO: ¿Y esotro?

GIL: No, porque es cruz.

CRESPO: Si cruz es el matrimonio,
yo he de decir maravillas,
porque he de entrar en más hondo.

GIL: ¿Y en qué?

CRESPO: Mi ingenio es redondo,
y así diré en redondillas:

Considero yo al Amor
que será por su desastre,
como un aprendiz de sastre
o mozo de tundidor.

De una personilla chica
que con interés se encarna,
todo cubierto de sarna,
que por eso come y pica.

La vista llorosa y ciega,
una nube en cada niña
y la cabeza con tiña,
que amor cual tiña se pega.

Trampista que compra y vende
y engaña a quien por él pasa,
ladrón ratero de casa
que se esconde como duende.

O será, un animalejo
al modo de un arador,
pues cual él se mete Amor
entre la carne y el hueso.

Mona que todo lo imita,
y, en fin, a mi parecr,
pues está en hombre y mujer,
Amor es hermafrodita.

LLORENTE: Gil: tápale aquesa boca.

ELVIRA: Esto escucha quien consiente
hablar un necio entre gente.

CRESPO: Yo soy necio y vos sois loca.

Gritan dentro LILLO, lacayo, FRANCISCO Loarte, su

amo, y don JUAN

LILLO: ¡To, to, capitán! ¡marquesa!

FRANCISCO: ¡Cita, zagala, zagala!

LILLO: Al viento la liebre iguala.

FRANCISCO: Difícultosa es la presa.

LILLO: Traspúsose por el cerro.

FRANCISCO: Perdióse.

LILLO: ¡Buena demanda!

*Salen LILLO, FRANCISCO Loarte, y DON
JUAN*

LILLO: ¡Oh lleve el diablo quien anda
hecho loco tras un perro!

 ¡Que ha de andar un hombre
a caza para cansarme y cansarse
por lo que puede comprarse
por dos reales en la plaza!

 ¡Qué de esto gusto reciba
y no le aten a un pesebre!

FRANCISCO: No hay galgo que alcance liebre
cogiendo una cuesta arriba.

DON JUAN: Si el camino le atajamos
no se nos escapa.

FRANCISCO: No.

LILLO: Galgos, los mozos llamó
un discreto, de sus amos,
y dijo verdad expresa,
pues el que sirve a un hidalgo,
no comiendo como galgo
más que huesos de su mesa,
con él alcanza la liebre
de la otra, que a mensajes
de los galgos o sus pajes,
la fuerza a que rompa o quiebre
su cazador o galán

con su inclinación honesta,
y aunque corra por la cuesta
del soy y del quedarán.

La diligencia del galgo
o el criado--lo propio es--
la trae rendida a sus pies.
Pues ¿decir que le dan algo
después que todo esto pasa?
Si ladra por su salario
una coz es lo ordinario
con que le arrojan de casa.

Levántanse todos

JUAN: Señor Loarte: ¿por aquí
con tan gran calor?

FRANCISCO: ¡Oh, amigo!
Mi inclinación, cual veis, sigo.
¿Qué es esto? ¿Qué hacéis así?

JUAN: Cásase Gil, mi criado,
con Elvira de Añover,
y sálense a entretener
el calor, cual veis, al prado.

FRANCISCO: Por muchos años y buenos.

GIL: Siéntese aquí su mercé.

FRANCISCO: ¿Sois vos el novio? Sí haré;
ninguno dirá a lo menos
que vuestra esposa no es bella.

GIL: Como quiera que seamos,
señor Loarte, aquí estamos,
para servirle, yo y ella.

DON JUAN: La madrina es tan hermosa
que más parece divina
que humana.

FRANCISCO: ¡Ay Dios! ¡Qué madrina
tan bella!

CRESPO: Sí, no es mocosa.

DON JUAN: Esta doncella, ¿quién es?

JUAN: Mi hija Juana, señor.

FRANCISCO: Venturoso labrador
que tan precioso interés
tiene en casa, y quien emplea
en ella hacienda y ventura.
No he visto tal hermosura.

JUAN: Así, así, como de aldea.
Al menos mi senectud
se llama en verla dichosa.

FRANCISCO: Notablemente es hermosa.

JUAN: Más notable es su virtud.

FRANCISCO: Don Juan, decid: ¿qué os parece?

DON JUAN: Hermosa.

FRANCISCO: ¡Ay, deseos extraños!
¿Qué edad tiene?

JUAN: Trece años.

Hablan aparte FRANCISCO y DON JUAN

FRANCISCO: (Si mi amor se está en sus trece
no sé, don Juan, qué he de hacer;
perdido estoy.)

DON JUAN: (¿Cómo es eso?)

FRANCISCO: (No sé; sé que pierdo el seso.)

LILLO: Los galgos voy a traer,
no se pierdan.

DON JUAN: Desenfrena
después, Lilio, los caballos
y a pacer puedes echallos
en el prado.

LILLO: O en la arena.

Vase LILLO

JUAN: ¿A qué bueno desde Illescas
a Hazaña, señor, salís?
Porque si a cazar venís
estas mañanas, que frescas
me han convidado a que vea
media legua de aquí un haza,
he hallado famosa caza

para quien correr desea.
En las viñas del concejo
deben de tener sus camas
dos liebres como unas gamas,
que a cogerme menos viejo
ya las hubiera colgado
de la pretina.

FRANCISCO: (¡Ay de mi, **Aparte**
que vine a cazar aquí
y pienso que estoy cazado!)
Si donde decís están,
mañana en amaneciendo,
ir a correrlas pretendo;
porque esta noche don Juan
y yo tenemos de ser
vuestros huéspedes.

JUAN: Mi casa
quedará honrada.

DON JUAN: ¿No pasa
el regocijo y placer
adelante?

FRANCISCO: ¡Por mi vida,
que se baile un poco!

TORIBIO: Oíd,
lo que nos manda, advertid.

CRESPO: Bailemos, pues nos convida
este viento lisonjero,
y ya la tarde declina.

FRANCISCO: Al lado de la madrina,
si gustáis, sentarme quiero,
que después acá que sé,
ser hija vuestra, la estimo.

Siéntanse todos

CRESPO: (No ha escogido mal arrimo.) **Aparte**

JUAN: Y hacéisla mucha merced.

FRANCISCO: Perdonad, madrina hermosa,
que sin licencia he tomado

el más agradable lado
que halló mi suerte dichosa.

Que á fe, aunque la novia es bella,
que es la madrina mejor.

SANTA: Como sois noble, señor,
honráisnos a mí y a ella.

JUAN: Gil, a la novia sacad.

FRANCISCO: (Tu fuego, Amor, se reprima, **Aparte**
que aunque su beldad me anima
me enfrena su honestidad.)

Cantan y bailan tres o cuatro

MÚSICOS: " *A la boda y velación
que hace Elvira de Añover
con Gil, de quien es mujer,
cantó el pueblo esta canción:
'La zagala y el garzón
para en uno son.'*
*Y después de haber cantado,
viendo a la madrina al lado,
que es para alabar a Dios,
bailaron de dos en dos
los zagales de la villa,
que si linda era la madrina
por mi fe que la novia es linda.
Y por el viento sutil
los pájaros a quien llama
el canto de mil en mil
saltando y volando de rama en rama
pican las flores de la retama
y las hojas del torongil.
Prendó amor a Gil Pascual,
que es alguacil del que mira,
de la hermosura de Elvira,
y a ella de él otro que tal,
y al desposarse el zagal
levantan esta canción:
'La zagala y el garzón
para en uno son.'*"

FRANCISCO: Por extremó lo habéis hecho.

JUAN: Volvámonos al lugar,
que es hora ya de cenar.

FRANCISCO: (Veneno llevo en el pecho.) **Aparte**

JUAN: No seréis tan regalados
ni dormiréis tan a gusto
esta noche como es justo
a huéspedes tan honrados;
pero a este riesgo se pone
el que se aposenta en casa
estrecha, pobre y escasa.
La cortedad se perdone
y recíbese el deseo.

DON JUAN: Todo sobra donde vos
estáis, Juan Vázquez.

FRANCISCO: (¡Ay, Dios! **Aparte**
¿Qué hechizo es éste que veo?)

Vanse todos. Salen MARCO ANTONIO y LUDOVICO de camino

MARCO ANTONIO: Perdí recién casado
mi patrimonio y mi florida hacienda;
y el crédito quebrado,
que tuvo en pie mis gustos y mi tienda,
me enseñó, Ludovico,
cuán presto es pobre el mercader más rico.

Dejé mi amada esposa
en confianza de su fe y mi miedo,
y el alma temerosa
de Toledo salió, y quedó en Toledo;
que cuando Amor no calma,
suele animar dos cuerpos sola un alma.

Rompí la blanca espuma
del proceloso y húmedo elemento
y al Perú llegué, en suma,
después que vi la muerte entre agua y viento,
y me dio el mar noticia

del peligro a que pone la codicia.

Hallé parientes ricos
con cuya ayuda reparé los daños
que ya juzgo por chicos,
y en el discurso breve de dos años,
con hacienda sin tasa,
vengo a gozar mi esposa, patria y casa.

Éstas son sus paredes,
depósito que guarda su hermosura;
besar sus piedras puedes
como reliquias, si la noche oscura
te estorba que divises
la casa de Penélope y Ulises.

Aquí, hecha España Grecia,
me labra mi Artemisia un Mauseolo;
aquí vive Lucrecia,
en lealtad y belleza Fénix solo.
Llama, que ésta es la puerta
cerrada al vicio, a la virtud abierta.

LUDOVICO: Con gusto te he escuchado
las amorosas salvas que alegre haces
a tu esposa, y notado
que como tras la guerra, quietas paces,
tras la ausencia prolija,
presente Amor sus gustos regocija
.....[-ero]
de mi señora.

MARCO ANTONIO: Ludovico, llama.

Desde arriba MELCHOR y JULIO

JULIO:
Libréme por ligero.

MELCHOR:
Vendíome algún soplón.

JULIO: Sopló la dama.
No está esta pared alta.

MELCHOR: Mamóla el alguacil.

JULIO: ¿Qué esperas? Salta.

Saltan al tablado

MELCHOR: Ya estamos en la calle.
Por Dios, que es bella moza y que el marido
dejó a riesgo un buen talle.
JULIO: Dichosos esta noche habemos sido.
¿Adónde bueno agora?
MELCHOR: A dormir, que es la una.
JULIO: Sí, ya es hora.

Vanse

LUDOVICO: Dos hombres han saltado,
pienso que de tu casa, y ya se han ido.
Suspenso te has quedado.
MARCO ANTONIO: "Por Dios, que es bella moza y que el marido
dejó a riesgo un buen talle."
¡Honor! ¿Así os arrojan en la calle?
Mira, mira si duermo.
LUDOVICO: Despierto estás.
MARCO ANTONIO: Luego ¿mi daño es cierto?
¿Si acaso como enfermo
que frenético ve sombras despierto,
no he visto mis enojos?
Pero mi casa es ésta, estos mis ojos.
No ha sido Leonor casta,
no, que escaló mi fama un enemigo;
tú eres testigo, y basta
en cosas del honor sólo un testigo.
¡Malhaya quien confía
de la mujer la honra un solo día!
¿Quieres que éntre y acabe
pasando su lascivo y flaco pecho?
LUDOVICO: Un delito tan grave
si queda con vengarse satisfecho,
¿quieres que vuelva en brasa
las adúlteras piedras de esta casa?

¡Cielos, castigo tanto!

¿Lloras, señor?

MARCO ANTONIO: Murió, Claudio, mi fama.

Si en muerte es justo el llanto,
bien puedo yo llorar, aunque en quien ama
y ver lo que a ver llego,
no son agua las lágrimas, son fuego.

Crüel, ¿ásí has pagado
mi firmeza, violando los altares
del tálamo manchado?
Oro en los montes, perlas en los mares
busqué; cuya riqueza
pudiese competir con tu belleza.

Dejéte a la partida
sembrada en tu lealtad mi confianza
amor, lágrimas, vida,
y en vez de dulce fruto hallo mudanza,
deshonras, desconsuelos;
pero quien siembra amor, que coja celos.

Pena, matarme quiero...

LUDOVICO: Sosiégate, señor; ¿tú eres el sabio?

Infórmate primero
si es cierta la sospecha de tu agravio,
que despeña la ira
si la prudencia su favor retira.

MARCO ANTONIO: Informaréme luego
del adulterio infame que me afrenta,
si de mi agravio el fuego
primero que lo sepa no ensangrienta
la ya violada cama
que ausente el dueño ajenos brazos llama.

En Toledo escondido,
cuando del sol se ausente el claro coche,
sin saber que he venido,
rondaré estas paredes cada noche,
hasta que mi esperanza
los coja dentro y triunfe mi venganza.

Presto el tálamo falso
será de una tragedia vil teatro,
o triste cadahalso,

que, pues Córdoba tuvo un veinticuatro
valeroso, si puedo,
como a él me estimará desde hoy Toledo.

Vanse. Salen MELCHOR y FABIO, de noche

MELCHOR: Fuese a la guerra el marido,
quedó sola la mujer,
dila, Fabio, en pretender,
y la que Porcia había sido,
forzada de la pobreza,
porcelana quebrada es;
que al golpe de un interés
se quiebra cualquier belleza.

Dos meses de pretensión
me cuesta, y al cabo de ellos,
esta noche los cabellos
cogí a la calva Ocasión.

Y al tiempo que la codicia
de mi amor templó la llama,
llega de repente y llama
a la puerta la justicia.

Subimos a la azotea,
viónos un corchete vil,
avisólo a su alguacil,
y él, que prendernos desea,
siguiónos; pero burlado
le dejamos, cuando vio
que saltamos Julio y yo
de la azotea a un tejado
de la casa donde vive
doña Leonor, bella esposa,
de Marco Antonio y virtuosa,
que está en Indias, y recibe
nombre de Lucrecia casta,
por quien ya comparar puedo
a Roma nuestra Toledo,
pues es honra suya.

FABIO: Basta.

MELCHOR: Estaba el tejado bajo
y fué nos fácil saltar
a la calle, sin mirar
si había gente. Al fin, trabajo
nos costó, mas todo es poco,
que es un ángel la mujer.
¿Qué hora es?

FABIO: Deben de ser
las dos. Entra, que andas loco.

MELCHOR: Mi padre ¿no me habrá echado
menos?

FABIO: ¿Cómo te ha de echar,
si cuando se va a acostar
te deja siempre acostado?

MELCHOR: ¿Cómo estos engaños sabe
la traviesa mocedad!

Sale Juan MATEO, con un candil

MATEO: Mi sospecha fue verdad;
él debe de tener llave
de casa, hechiza. Confieso
que intenta enfrenar
el mar el que pretende enfrenar
un hijo mozo y travieso.

FABIO: ¡Buen lance habemos echado!
Tu padre es éste, señor.

MATEO: ¿Que haces aquí, Melchor?
¿No te dejé yo acostado?
Levantarás te a estudiar,
ya que a tal hora te veo,
para cumplirme el deseo
que te da tanto pesar,
de que de la iglesia seas;
sin duda es lo que imagino,
que el vestido de camino
en este ejercicio empleas.
¿Tú de noche? Considero
que debes de pretender,

siendo hijo de mercader,
levantarte a caballero.

Que es propio de los señores
rondar de noche las damas,
aunque peligren sus famas.

Mi sangre es de labradores,
no de caballeros vengo.

Un labrador fue tu abuelo.

Mi madre, que esté en el cielo,
lo fue; un hermano tengo,

labrador es en Hazaña,
honrado y cristiano viejo.

No porque el arado dejo,
si esta presunción te engaña,
te despeñe así el deseo,

porque, para que te asombre,
no es Pimentel mi renombre,

ni Mendoza; Juan Mateo
es el apellido mío;

de este me precio, Melchor.

Juan Vázquez, un labrador,
es mi hermano y es tu tío.

No has de estar más en Toledo
un hora; el vestido vino
muy bien, que estás de camino.

MELCHOR: Señor, escucha

MATEO: No puedo.

A Alcalá te he de llevar
porque dejes la ocasión
que dicen hace al ladrón.
Allí puedes estudiar.

Hoy te has de ir, y antes que a Illescas
llegues, quiero que conozcas
casas pajizas y toscas,
porque no te ensoberbezcas,
que es el solar conocido
de tu linaje en Hazaña.

MELCHOR: Mira, señor, que te engaña
tu sospecha; este vestido
me probaba

MATEO: Ya colijo
que me quieres engañar.
Ven, que así ha de remediar
el padre cuerdo al loco hijo.

*Vanse. Salen JUAN Vázquez y FRANCISCO
Loarte*

FRANCISCO: No me habéis de decir de no, si es cierto
que mi vida estimáis, pues no consiste
sino en el sí de vuestra honrada boca.
La causa de quedarme aquí esta noche
en vuestra casa, fue para pedir
que remediéis mis males. Vuestra hija,
su honestidad hermosa, sus virtudes,
la fama que en la Sagra la hace Fénix,
me obliga a que me maten sus deseos.
Ya sabéis, en Illescas, mi prosapia,
la hacienda y el valor de los Loartes;
yo sé que si me dais a vuestra Juana
por esposa, que al oro de nobleza
el esmalte a mi sangre no le falta,
pues la virtud de Juana será esmalte.

JUAN: Dudoso estoy; no sé lo que os responda.
Por una parte los afectos miro
con que os obliga amor, y sé su fuerza;
por otro la notable diferencia
de vuestro estado y mío; vos hidalgo
premiado y estimado justamente
del César Carlos quinto, que Dios guarde;
leal a su corona, como muestran
el valor y la fe de vuestros hechos
en las Comunidades de Castilla;
piedra de toque donde el oro fino
mostraron de su fe los más leales,
y su dorada alquimia los traidores.
Sois Francisco Loarte, al fin, que basta
para decir que sois honra de Illescas.
Yo, aunque cristiano viejo, en sangre limpio,

soy labrador; mi casa y sus paredes,
en vez de los tapices que en las vuestras
adornan, se contentan con vestirse
de cedazos, arneros y de trillos,
y los doseles que mis techos cubren,
horcas de ajos, pimientos y cebollas.
No sé si llevarán bien mis parientes
que, pudiendo casar con uno de ellos
a mi Juana, la saque de sus quicios,
que ya sabéis que el labrador sin raza,
estima en más la tosca caperuza
que el sombrero con plumas y medallas.
Fuera de que mi Juana aún es muy niña
y no la siento ahora con deseos
de cautivar su libertad; dejadla
crecer, y tratarélo con mis deudos,
que entretanto podrá ser que se aplaquen
esos primeros ímpetus, y libre,
mirándolo mejor, queráis esposa
con que se pueda honrar vuestro linaje,
criada en noble y cortesano traje.

FRANCISCO: Juan Vázquez, aunque a Amor le pintan ciego,
con ojos me ha dejado el que me abrasa,
y aunque no sois hidalgo, poco menos
es un honrado labrador. Leído
he yo de mil señores que en las cepas
de sus noblezas, sin perder su lustre,
han enjerto sarmientos labradores.
¿Qué puedo yo perder, y qué no gano
si sois el más honrado de la Sagra,
rico y de sangre limpia? Yo sé cierto
que si el sí me negáis, cortará en cierne
la muerte el verde fruto de mi vida,
y os llamaré La Sagra mi homicida.

JUAN: Ahora bien, id con Dios, que yo os prometo
que no quede por mí, señor Francisco,
el daros ese gusto. Estos negocios
de casamientos, es razón primero
comunicarlos; yo tengo un hermano,
mercader en Toledo, advertiréle

lo bien que nos está; si me aconseja
que ennoblezca mi casa, vuestra esposa
será mi Juana.

FRANCISCO: ¿Dentro de qué tiempo
tendréis resolución?

JUAN: Yo iré a Toledo
de semana sin falta; que esta noche
voy, porque así mi Juana lo ha pedido,
al monasterio de la Cruz en vela,
porque su madre, viéndola muy mala,
ofreció de llevarla allá y murióse
sin cumplir la promesa, y Juana quiere
que se cumplan los votos de su madre
dados a Dios. Iremos como digo
esta noche, por ser cuando se juntan
de toda esta comarca mil devotos
y van allá a velar con varias fiestas,
y pediréle a Dios que, si nos cumple
aqueste casamiento, le encamine,
y si no que le aparte.

FRANCISCO: Aquese tiempo,
aunque se me ha de hacer eternos siglos,
esperará el deseo entre balanzas
de tímidos recelos y esperanzas.

Sale LILLO

LILLO: ¿Hémonos de ir, señor? Ya está ensillado
y a caballo don Juan.

FRANCISCO: Vamos; el cielo
me cumpla este deseo por que pueda
llamaros padre.

JUAN: Ya alegre colijo
que honrará nuestras casa tan noble hijo.

Vanse FRANCISCO Y LILLO

JUAN: Quiere hacer un tapiz la industria humana

en donde el arte a la materia exceda,
y con su adorno componer se pueda
la pared de la cuadra más profana.

Matiza en el telar la mano ufana
y mezcla hilos con que hermoso queda;
pero entre el oro ilustre y noble seda
entreteje también la humilde lana.

Lo propio hace el amor, que mezcla y teje
con la lana la seda, aunque más valga,
igualando al villano con el noble.

Noble yerno me da, no es bien le deje,
que con mi lana y con su seda hidalga
saldrá el tapiz de Amor curioso al doble.

Salen Juan MATEO y la SANTA

SANTA: Aquí un huésped despedía;
en extremo se holgará
de veros.

MATEO: Grande estáis ya,
hermosa sobrina mía.
Mucho crecéis.

SANTA: Siempre crece
la mala hierba.

MATEO: Otra fama
de vos la Sagra derrama.
¿Cuántos años tenéis?

SANTA: Trece.

MATEO: Ya sois gran mujer.

JUAN: Hermano,
¿vos aquí? ¡Gran novedad!

MATEO: Aquesos brazos me dad.

JUAN: Después que sois ciudadano
no nos queréis ver.

MATEO: Razón
tenéis de reprehenderme.
Llevóme a Toledo a hacerme
mercader mi inclinación;
mas no por eso me olvido
del respeto y el amor

dando los vicios ficciones?

Mal sabéis el privilegio;
que de una universidad
el vicio y la libertad
también tiene su colegio.

Hermano, no os lo aconsejo.

MATEO: Por vuestro gusto me rijo.

JUAN: El tener al ojo su hijo
es lo mejor, pues sois viejo;
escoged mi sabio medio.

MATEO: Ése será más barato.

JUAN: Sabed, hermano, que trato
de dar a Juana remedio.

Después sabréis lo que pasa,
y lo que me esté mejor
me aconsejaréis. Melchor,
¿dónde está?

MATEO: Aguardando en casa,

JUAN: Pues venid, yo os daré luz
de lo que os quiero decir.

SANTA: Tío ¿quíerele venir
con nosotros a la Cruz,
a una vela?

MATEO: Sí, sobrina;
que soy yo muy su devoto.

SANTA: Vamos a cumplir un voto.

JUAN: Es su inclinación divina.

*Vanse. Salen cuatro LABRADORES a la vela, cantando
con grito y fiesta. Cantan*

TODOS: "Que la Sagra de Toledo mil fiestas hace
a la Virgen de la Cruz, que es Virgen madre."

LABRADOR 1: "Que la Sagra de Toledo contenta envía
vuestros hijos y devotos, Virgen María,
y con fiestas y alegría van los lugares."

TODOS: "A la Virgen de la Cruz, que es Virgen madre."

Siéntanse

LABRADOR 1: Este sitio me contenta.
LABRADOR 2: A mí esta hierba me agrada.
LABRADOR 3: ¡Famosa noche!
LABRADOR 4: ¡Extremada!
LABRADOR 1: ¿No veis cómo representa
la noche morena y zarca
su estrellada autoridad?
LABRADOR 2: Fanfarrona majestad
muestra cuando, abriendo el arca
las estrellas saca afuera
que adornan su aparador.
LABRADOR 3: Hízola el divino Autor
del cielo la repostera.

Gritan dentro

LABRADOR 4: ¡Brava grita a fe!
LABRADOR 1: ¡Oh, bien haya
la Sagra!
LABRADOR 4: ¿Éstos quien son?
LABRADOR 2: ¿Serán los de Torrejón?
Vengan, darémosles vaya.

*Salen dos LABRADORES más con grita y
música*

TODOS: "Norabuena vengais, abril;
si os fuéredes luego volveos por aquí."
LABRADOR 1: "Abril carialegre"
LABRADOR 2: "Muy galán venís."
LABRADOR 1: "El sayo de verde."
TODOS: "Muy galán venís."
LABRADOR 1: "La capa y sombrero."
TODOS: "Muy galán venís."
LABRADOR 1: "De flor de romero."
TODOS: "Muy galán venís."

LABRADOR 1: "*Blancos los zapatos*"
TODOS: "*Muy galán venís.*"
LABRADOR 1: "*Morados los lazos.*"
TODOS: "*Muy galán venís.*"
LABRADOR 1: "*Pues que sois tan bello, risueño y gentil...*"
TODOS: "*Nora buena vengáis, abril.*
Si os fuédesdes luego, volvéos por aquí."

Siéntanse

LABRADOR 1: Métete, Torrejón, con tus torrejás
y mira que rebuznas cuando cantas.
LABRADOR 5: Ugena: guarda la cigüeña y calla,
que tienes bien por qué, no me provoques
a que te diga lo del campanario.
LABRADOR 1: Calla tú, Torrejón, aunque sin torres
que diré lo del Drago.
TODOS: ¡Hú, que te corres!

Salen otros dos LABRADORES con tamboril, flauta y grita

LABRADOR 6: Casa Rubillos viene y su concejo.
LABRADOR 5: Si el tamboril es suyo.
LABRADOR 6: No le toques
que del pellejo de tu madre se hizo.
LABRADOR 5: De tu mujer dirás, que es desollada.
LABRADOR 4: Daca el mercado donde todo un día
vendiste solamente dos cebollas.
LABRADOR 6: Daca tú la cigüeña de tu torre,
a quien saliste a recibir un día
con danzas, procesión y monacillos,
y enviaste al alcalde a convidarla
con la casa del cura, pensando era
alguna viuda honrada y forastera.
LABRADOR 2: Mientes tú y el mercado que socorres.
TODOS: ¡Hú, que te corres! ¡Hú hú, que te corres!
LABRADOR 8: ¿No sabremos por qué razón se llaman

señores Torrejones los del Drago?

LABRADOR 3: Eso yo os lo diré. Vieron un día
parado un coche orillas de un arroyo
y juzgando por pies las cuatro ruedas,
alas las puertas y la lanza cola,
como jamás hubiesen visto coches
y el encerado fuese todo verde,
creyeron ser dragón que se comía
las mulas que tiraban, y tocando
aprisa la campana del concejo
fueron con chuzos a matar el drago,
y viéndole después que le llevaban
las mulas, y sabiendo que era coche
todos al fin cayeron de sus burras.

¿No es verdad esto, hermanos de las Torres?

LABRADOR 6: Todo es falso y mentira.

TODOS: ¡Hú, que te corres!

*Salen JUAN Vázquez, Juan MATEO, MELCHOR y la
SANTA*

JUAN: No vi en mi vida más alegre noche.

SANTA: Como es la fiesta de quien presta rayos
al planeta mayor y hermosa luna,
que cuando el sol se ausenta es su virreina,
no es mucho que sea clara y apacible.

MELCHOR: Sentémonos aquí, que hay lugar harto.

Siéntanse

MATEO: Digo que el casamiento me parece
honroso para todos, y entretanto
que se conciertan, porque en una aldea
no está segura de un violento gusto
la honra frágil de una mujer moza,
y un poderoso puede aprovecharse
de la ocasión, la llevaré conmigo,
pues en mi casa vivirá segura

de esos peligros.

JUAN: Su virtud es tanta
que adondequiera lo estará; mas sea
lo que queráis, no viva en el aldea.

LABRADOR 4: Los de Hazaña han venido; dad tras ellos,
que bien hay que decir.

LABRADOR 3: Eso no es justo.
que viene allí la hija de Juan Vázquez,
espejo de la Sagra de Toledo,
y es tan honesta y agradable a todos
que nos ha de obligar a callar.

LABRADOR 1: Bueno,
pues ¿cómo habemos de pasar la noche?

LABRADOR 3: Ella referirá cuentos sabrosos
que nos entretendrán; vamos a hablarla.

LABRADOR 4: Mantenga Dios la buena gente.

JUAN: ¡Y cómo
que nos mantiene!

LABRADOR 6: Acá venimos todos
a que nos cuente Juana una conseja,
y par Dios que gustara de mi voto
que mos dijera qué principio tuvo
la fiesta de la Cruz a que venimos,
y cada año celebra aquí la Sagra.

SANTA: Que me place por cierto. Sentaos todos
alrededor de mí, que yo he sabido
lo que me preguntáis con certidumbre,
y os lo diré con gusto.

JUAN: ¡Oh! En siendo cosa
de santos y de iglesias, en su centro
estará su alegría.

SANTA: Oíd, que ésta
es la historia y principio de esta fiesta.

El vellocino de Aries
pintaba sus guedejas
con los pinceles de oro
que el sol al mundo muestra,
cuando en la humilde villa
de Cubas, que aquí cerca

sus términos dichosos
alcanzan fama eterna,
nació una santa niña
de pobre y simple cepa;
que suele hacer hazañas
notables la pobreza.
Inés era su nombre,
su edad trece años era.
¡Notad todos qué moza
y en la virtud cuán vieja!
Un lunes venturoso
en la apacible hierba
con que los prados viste
la hermosa primavera,
Inés apacentaba junto
a una fuente fresca
los animales toscos
que llaman de la cerda.
Y mientras que pacían,
postrada por la tierra
apacentaba el alma
con el precioso néctar
de la oración sabrosa,
haciendo por las cuentas
devotas de un rosario
con Dios y su alma cuentas.
La Virgen sacrosanta,
enamorada de ella,
que siempre la humildad
fue su mayor presea,
cubierta del brocado
y soberana tela
con que la gloria, adorna
a los de su librea,
cegándola los ojos
la luz de su presencia,
porque aquí los mortales
a tales soles ciegan,
la preguntó, "¿Qué haces
aquí, carilla tierna?"

Y alegre, aunque turbada,
responde, "Hermosa hembra,
guardo estos animales."
"¿Por qué ayunas mis fiestas
en viernes?" la pregunta.
"Porque es bien que obedezca
mis padres que lo mandan,"
responde. "Eres muy cuerda;
mas desde agora gusto
que el día en que la fiesta
de mi Anunciación santa
cayese, el mismo sea
tu ayuno todo el año."
"Mi voluntad lo aceta,"
la pastorcilla dijo.
Y la gloriosa reina
que nuestro bien procura,
prosigue, "Ve a tu aldea,
dirás a sus vecinos
que hagan penitencia,
porque mi Hijo, airado,
abrasará la tierra
antes de muchos días
con grande pestilencia;
y en fe de su justicia
caerán del cielo piedras
envueltas en la sangre
que verterán sus venas.
Desapareció entonces,
dejando con su ausencia
triste la hermosa niña,
y no poco suspensa.
Volviéndose a sus padres,
esta visión les cuenta,
mas tiénelo por burla
y a la niña aconsejan
que no lo diga a nadie.
Cumpliolo y, dando vuelta
al prado al día siguiente,
volvió la Virgen mesma

como el pasado día
diciendo, "¿Por qué dejas
de hacer lo que te mando?"
"¡Temo que no me crean!"
responde la pastora.
"Pues yo te daré señas
con que de tus palabras
ninguno duda tenga,"
dijo la virgen pura;
y con su mano bella
la diestra de la niña
de tal manera aprieta,
que la hizo dar un grito,
con que pegados deja
los cinco dedos todos
la cruz, sobre ellos hecha.
Oblígala a que vaya
de aquel modo a la aldea
y al cura y sus vecinos
les diga la sentencia
que Dios contra ellos daba.
Desaparece, y queda
la humilde pastorcilla
gozosa, aunque suspensa.
Vuelve a la villa luego,
cuenta a gentes diversas
las maravillas grandes
que Dios hizo por ella.
Mostrábales la mano,
y aunque las fuerzas
prueban para desapegarla,
no basta humana fuerza
contra virtud divina.
Al fin van a la iglesia
devotos y descalzos,
y dentro de ella ordenan
salir en procesión
hasta la parte misma
donde nuestra patrona
bajó la vez primera;

llevaban una cruz,
entre otras, de madera
por ser para aplacar
a Dios la mejor prenda,
y al tiempo que llegaban
a las cercanas eras
Inés oyó una voz
que dijo, "Aquí te acerca."
Mandó parar a todos,
la cruz toma, y con ella
la voz divina sigue
y del lugar se aleja.
Volvióse a aparecer
la madre de clemencia
en el lugar que antes,
y con la mano diestra
tomó la cruz preciosa
metiéndola ella misma,
hincadas las rodillas
palmo y medio en la tierra.
"Aquí, carilla," dice,
"me labren una iglesia
que sea de mi nombre,
y tú irás luego en vela
a mi querida casa
de Guadalupe, y lleva
para sanar la mano
cuatro libras de cera."
Dijo, y volvióse al cielo,
dejando en el arena
las plantas estampadas
que el pueblo adora y besa.
Sanaron los enfermos
con los granos que llevan,
fue Inés a Guadalupe,
volvió la mano buena;
labróse dentro un año
la soberana iglesia,
dejando la cruz santa
del modo que antes puesta.

Setenta y seis milagros
la virgen hizo en ella,
y entre ellos once muertos
cobraron vida nueva.
Hicieron una casa
ciertas devotas dueñas,
pegada con la ermita,
donde después se encierran,
y de Francisco santo
el instituto y regla
siguieron que su orden
quiso llamar Tercera.
Aquí la pastorcilla
vino a ser abadesa,
que la virtud preciosa
al que es humilde premia;
pero cómo es tan grande
nuestra humana flaqueza,
perdióse la virtud,
cayó Inés la primera,
apostataron todas
y el monasterio dejan;
que el más perfecto es flaco,
y a Cristo Pedro niega.
Mas como siempre el justo
levanta si tropieza,
que Dios la mano ofrece
al flaco que da en tierra,
Inés, arrepentida,
dio tan notable vuelta,
que admiran los rigores
de su gran penitencia.
Murió tan santamente,
que las campanas mismas,
tañéndose, señalan,
que Inés con Cristo reina.
Desde entonces, los pueblos
de esta comarca y tierra
las nueve apariciones
a Inés en Cubas hechas

por la amorosa Virgen,
celebran y festejan
con ofrendas devotas
y piadosas novenas.
Éste es todo el suceso
y historia verdadera
que me solía contar
mi madre, que Dios tenga.

MATEO: ¿Vio el mundo mayor gracia?
Bendita sea tu lengua;
la leche que mamaste
también bendita sea.

JUAN: A la misa del alba
nos llaman de la iglesia.

LABRADOR 1: Pues vamos a la misa
cantando todos.

LABRADOR 2: ¡Ea!

Vanse cantando como al principio

TODOS: "*Que la Sagra de Toledo mil fiestas hace
a la Virgen de la Cruz, que es Virgen madre.*"

LABRADOR 1: "*Que la Sagra de Toledo contenta envía
vuestros hijos y devotos, Virgen María,
y con fiestas y alegría van los lugares.*"

TODOS: "*A la Virgen de la Cruz, que es Virgen madre.*"

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*Salen JUAN Vázquez, Juan MATEO y la SANTA,
llorando*

JUAN: De tu humildad y obediencia
jamás, hija, imaginara
mi gusto tal resistencia,
a no mirar en tu cara
de este engaño la experiencia.

Siempre, aunque en vano, creí
que, como en la cera, en ti
mi voluntad se imprimiera,
y que tu sí o tu "no" fuera
solamente mi "no" o "sí."

Mas mi desengaño llega
a ver hoy cuán poco puede
un padre que a su hija ruega,
lo que callando concede
y con ese llanto niega.

¿Tú llorar, cuando ese susto
convertirle en gozo es justo
porque el mío consideras?
¿Tú la hierba del sol eras
siempre siguiendo mi gusto?

No te espantes si me espanto
en ver esta novedad,
cuando te entristece tanto
opuesta a mi voluntad
con el "no" de un mudo llanto
que es justo mi sentimiento.

MATEO: Sobrina, este casamiento
que os procuramos, los dos
es de la mano de Dios,

y como mi hermano siento
las muestras de ese pesar.
Francisco Loarte es hombre
con quien nos podéis honrar;
mozo, rico, gentilhombre,
y de su casa y solar
ha ennoblecido el valor
el César nuestro señor;
y pues con su sangre hidalga
quiere Dios que luzga y valga
vuestro estado labrador,
no me parecen discretos
esos extremos.

JUAN: Verás
si te casas mil efetos
de gusto, y más si me das
hidalgos y nobles nietos.
Yo he dado ya la palabra
a quien en el alma labra
casa en que la tuya viva;
ella también le reciba
y alegre sus puertas abra,
que si más lágrimas gasta
el sentimiento presente
y mis intentos contrasta,
llamaréte inobediente;
yo lo quiero y esto basta.
Alza el rostro.

SANTA: ¿Cómo puedo
si la carga con que quedo
de la palabra que has dado,
sobre los hombros me ha echado
los peñascos de Toledo?
Darne, padre, la sentencia
de mi muerte, y tus enojos
tienen por inobediencia
que llorando hablen los ojos
cuando calla la paciencia.
Dios la muerte que mandó
darle su padre lloró,

pero no fue inobediente;
pues si Dios la llora y siente,
¿he de ser más fuerte yo?

JUAN: ¿Casarte es matarte?

SANTA: Sí,

que si es la libertad vida
y ésa la pierdo por ti,
muerta soy, tú el homicida.
¿Quieres ver si esto es así?

Pues del matrimonio advierte
el nombre, substancia y suerte,
hallarás por testimonio
que si es cruz el matrimonio
el casarse será muerte.

Luego mi muerte publicas
con el estado que a luz
sacas, pues cuando le aplicas,
siendo el matrimonio cruz,
me casas y crucificas.

Fuera de que no es igual
nuestro labrador sayal
con su terciopelo noble,
y la palma con el roble
juntaránse tarde y mal.

Es ligero el elemento
del agua en su propia esfera,
como la pluma o el viento,
pero si le sacan fuera
pesa, porque está violento.

En mi centro estoy, no quiera
quien en él me considera
que mi peso le derribe,
que el pece en el agua vive
y muere sacado fuera.

Yugo llaman los que miran
la vida de los casados
y en sus coyundas suspiran
justamente, pues atados
del tálamo el carro tiran.

Mas, porque no sean mortales

las cargas que tantos males
causan al siglo presente,
para tirar dulcemente
han de ser los dos iguales.

Luego no te escandalices
si me vieres resistir
el yugo fiero que dices
cuando pretendes unir
tan desiguales cervices.

Dame otro mejor estado
que te alivie del cuidado
que suele quitar el seso
de un yerno mozo y travieso,
jugador y mal casado;

que todo esto lo aseguras
con más noble cautiverio
que es el que darme procuras.
Méteme en un monasterio,
donde entre vírgenes puras
se alegrará mi esperanza
si a Dios por su esposo alcanza
y adquirirás nombre eterno.
Padre, éste sí que es buen yerno
sin pobreza, sin mudanza.

En Santo Domingo el Real
tengo una tía; la fama
de este monasterio es tal,
que toda España le llama
paraíso terrenal.

Conmigo ha comunicado
mi tía el dichoso estado
de las monjas que allí viven,
sin dote en él me reciben.
Dulce padre, padre amado,
tío prudente, hoy los dos,
me habéis de dar este nombre,
que no queréis, padre, vos
darme por esposo un hombre
cuando lo quiere ser Dios.

MATEO: Casi enternecido estoy;

mil gracias al cielo doy
que tan notable virtud
en tan tierna juventud
ha puesto.

JUAN: Tu padre soy;
tu remedio he procurado,
no tengo hijos, como ves,
sino a ti; sola has quedado,
nietos quiero que me des,
ya mi palabra he empeñado.
Nunca acostumbro quebrarlas
las veces que llego a darlas,
ni las hijas han de hacer,
Juana, sino obedecer
en llegando a remediarlas.

*Sale LILLO con galas de desposada en un
azafate*

LILLO: Desde Madrid a Toledo
con tal presteza he venido,
que pienso que me ha traído
otro artificio o enredo
como el de Juanelo.

JUAN: ¡Lillo!

LILLO: Señor.

JUAN: ¿Y Francisco Loarte?

LILLO: Mañana de Illescas parte
más ligero que un novillo
cuando le sueltan del coso.

MATEO: Prestarále amor sus alas.

LILLO: Yo vengo con estas galas
que envía el futuro esposo
a mi sa Juana; un baúl
queda abajo en el patín
donde viene un faldellín
de oro y damasco azul,
que se le puede poner
la mujer de un monseñor;

ropas de todo color,
cuyas colas pueden ser
cola canónica, o cola
de una cátedra perdida
de primavera florida;
otra entera a la española.

Probómela el sastre a mí,
y aunque con barbas, me estaba
tan pintada, que pensaba
que con la suya nació.

Tanto, que un gato aruñable,
viendo mi tallazo y brío,
dijo enamorado, "mío,"
que fue un requiebro notable.

En fin, tantas galas vienen,
que cual novia se engreía
la mula que las traía.
Parte de ellas se contienen
en este tal canastillo
o azafate; vuesarcé
rompa muchas, porque dé
estrenas al señor Lillo.

JUAN: Yo, Lillo, os las quiero dar
en nombre de Juana, mi hija;
recebid esta sortija.

LILLO: Déjete el cielo gozar
y ver choznos que a la puerta
te saquen, y a los reflejos
del sol dejes nietos viejos.

JUAN: Hija, porque se divierta
tu pena, las galas mira
que tu esposo te ha feriado;
que no hay tan grande cuidado
en la que llora o suspira,
ni con el gozo se iguala
de ver una gala nueva,
porque no hay tristeza a prueba
del mosquete de una gala.

MATEO: Mucho a Francisco Loarte
debes, sobrina querida;

por fuerza ha de ser liviana?

Con corcho el mundo os engaña,
hermosuras españolas;

ved cuál os traerán sus olas
en corchos si sois de caña.

Loca soberbia de España
que el mundo has vuelto al revés,

¿con plata, que es tu interés,
coronas chapines vanos?

¿Lo que afanaron tus manos
es bien que pisen los pies?

Líbreme el cielo de estado
donde, como el indio necio,
he de dar el oro a precio
de corcho y papel pintado.

Lástima tengo al casado,
que si es su honor la mujer
y en corchos la ha de traer,
peligrosos son sus fines,
porque honor sobre chapines
a pique está de caer.

A las cadenas

Cadenas, si causa penas
vuestro aparente tesoro,
hierro sois, que no sois oro,
pues yerra quien no os condena.

Si hay prisión donde hay cadena
y la prisión siempre es mala,
¿quién por buenas os señala?

Vestidos que en el delito
de Adán fuisteis sambenito,
¿del sambenito hacéis gala?

¡Ay Dios, que en tal cautiverio
mi padre afligirme trate!

El mundo es mar que combate
con alas de vituperio.

Nave será un monasterio

si el cielo el paso me allana.
Galas viles, no soy vana
de vuestras galas, mi Dios,
me adornad y vestid vos.

*Caen las galas abajo saliendo en su lugar un
hábito de monja de San Francisco. Habla
dentro*

VOZ: Éstas son mis galas, Juana.

SANTA: ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que he visto?

Una voz divina oí
y un saco pobre está aquí.
¿Cómo el contento resisto?
Éstas son galas de Cristo
y de Francisco librea,
santo en quien Dios hermosea
las llagas con el carmín,
que el alado serafín
en vuestras carnes emplea.

Con tan soberana gala,
¿qué hermosura no tendrá
el alma que os sigue ya
y por vuestra se señala?
Este cordón será escala
con que desde el alboroto
del mundo el cielo, aunque ignoto
y su gloria meta a saco,
que aunque está roto este saco
no le echaré en saco roto.

El monasterio sagrado
de la Cruz, Francisco mío,
es vuestro y en él confío
escapar del mundo a nado;
ya el cómo y cuándo he pensado,
aseguradme el camino,
Seráfico peregrino,
que dándome vos favor
hoy tiene de hacer Amor

un disfraz a lo divino.

*Vase y lleva el hábito. Salen MARCO ANTONIO
y LUDOVICO*

LUDOVICO: Infórmate tú mejor,
que hoy lo he venido a saber.

MARCO ANTONIO: ¿El hijo del mercader?
¿El estudiante Melchor?

LUDOVICO: Ése fue el mismo que viste
saltar la noche pasada
de tu casa ya escalada
la pared.

MARCO ANTONIO: ¿A quién lo oíste?

LUDOVICO: A quien ha visto rondalle,
hechos de tu agravio jueces
los vecinos muchas veces,
estas puertas y esta calle.

Pues no sabe que has venido
nadie a Toledo, tu agravio
puedes vengar como sabio
antes de ser conocido.

Aguárdale hasta que salga
a rondar como acostumbra,
cuando al Indio el sol alumbra,
y entonces, sin que le valga
fuerza ni industria, podrás
dándole muerte vengarte
y luego a Madrid tornarte,
desde donde volverás
dentro de un mes a Toledo,
fingiendo que entonces llegas
de Sevilla.

MARCO ANTONIO: ¡Ay, honras ciegas,
que siempre os combate el miedo!

Dime: ¿no será mejor
darlos muerte juntos?

LUDOVICO: Eso
será pregonar su exceso.

En cosas de honra, señor,
por menos inconveniente
se tiene el disimularlas
que, por vengarse, sacarlas
al qué dirán de la gente.

MARCO ANTONIO: Eres, en fin, más discreto
que yo; buena es tu cautela.
Muera el que mi afrenta vela
y esté mi agravio secreto.

Ven, y templarán mi furia
tu presencia y mi esperanza,
que no hay bastante venganza
cuando es pública la injuria.

Vanse. Salen MELCHOR, JULIO y FABIO

MELCHOR: ¿Hay tormento como un viejo,
Julio, para un hijo mozo?
Si esta noche no la gozo
la mejor ocasión dejo
que el amor me puede dar.

JULIO: ¿Vívese Marcela allí
adonde fue Troya?

MELCHOR: Sí.

JULIO: Pues bien, ¿y hemos de tornar
a saltar tapias huyendo
de la justicia?

MELCHOR: Eso fue
una vez.

JULIO: De allí quedé
escarmentado. No entiendo
que nos conviene, Melchor.
Busca en Toledo otra dama,
que pelagra así la fama
y honra de doña Leonor,
que vive junto a su casa,
y piensa la vecindad
que rondas más su beldad
que a Marcela.

MELCHOR: Ponme tasa.

JULIO: Si sucediese saltar
otra vez por sus paredes,
y te vieren, ¿cómo puedes
después, Melchor, restaurar
el nombre y reputación
que en dos años ha adquirido
ausente de aquí el marido?

MELCHOR: Comiéndame a hacer sermón.

Yo cumpliré el gusto mío;
tema, Julio, el que es cobarde.
Mi padre se acuesta tarde
después que está aquí mi tío,
y a mi prima intenta dar
nuevo estado y nuevo dueño.
Vestiréme al primer sueño,
que aunque me obliga a acostar
dentro su mismo aposento
desde que mi inquietud sabe,
de la puerta tengo llave.
Fabio, por darme contento,
en la sala más afuera
podrá dejarme el vestido
de color.

JULIO: Tú estás perdido.

MELCHOR: Podré, en fin, de esta manera,
sin que mi padre lo sienta,
salir en tu compañía,
si gustas.

JULIO: Yo gustaría
que comieses sin pimienta
esta trucha salmonada.

MELCHOR: Julio, eso ya es flaqueza.

JULIO: Quiébrate tú la cabeza,
que debes tener guardada
otra en el arca.

MELCHOR: Yo iré
con aviso.

JULIO: Y yo contigo.

MELCHOR: Fabio, el vestido que digo

esta noche.

FABIO: Así lo haré.

*Vanse. Salen doña LEONOR y CELIA,
criada*

LEONOR: ¿Mi esposo en Toledo?

CELIA: Así

me lo han dicho.

LEONOR: Loca quedo.

¿Marco Antonio está en Toledo?

¿Mi esposo, sin verme a mí?

¡Ay, cielos, qué puede ser!

No, Celia; mentira ha sido.

CELIA: Yo así lo hubiera creído

si no hubieran visto ayer

a Ludovico, señora.

¿No ha un mes que desembarcó

en Sevilla y te escribió

que vendría por ahora?

Pues quien le vio en la ciudad

bien le conoce.

LEONOR: ¡Ay de mí,

Celia, si eso fuese así!

Alguna gran novedad

sin duda debe de haber.

¡Ay sospechas! Vuestro miedo

comienza. ¡Que esté en Toledo

y no vea a su mujer!

¿No era doña Leonor

de su honesto amor la fragua?

Mas ha pasado mucha agua

y habráse anegado Amor.

Celia, ¿qué puede ser esto?

CELIA: Según lo que ha sospechado

quien el recato ha notado

con que anda, es manifiesto

que alguna mujer le hechiza

en Toledo.

LEONOR: ¡Ay, amor ciego!
Apagó el mar vuestro fuego,
llevóse el viento en ceniza
el rescoldo que su fe
prometió conservar vivo.
¡Pobre de mí, que recibo
celos de lo que aún no sé!
Celia, a mí me importa hablar
aquese hombre.

CELIA: ¿Para qué?
LEONOR: De él dónde acude sabré
mi esposo, y en qué lugar
vive esta Leucote nueva
de quien soy, Celia, celosa.

CELIA: No será difícil cosa
hablarle.

LEONOR: Ven y haré prueba
del fiero mal que me abrasa,
que si vivió con sosiego
mi fe, los celos son fuego
que echan al dueño de casa.

*Vanse. Sale la SANTA vestida de
hombre*

SANTA: La esposa que en los Cantares
herida de vuestro amor,
divino esposo y señor,
por tan diversos lugares
os busca, me hace atrever
a que, disfrazada en hombre,
ni el ser de noche me asombre,
ni el temor que en la mujer
es natural, la ley guarde
del miedo que ya he roenpido,
porque amor hace atrevido
el animal más cobarde.
Casarme quieren, mi Dios,
siendo cosa reprobada
el ser dos veces casada
y siendo mi esposo vos.

Ya conozco vuestros celos,
no os los quiero, mi Dios,
dar; mi padre quiero dejar,
que con humanos desvelos
me impide el bien que publico,
y por un mortal esposo
un divino y poderoso
me quita inmortal y rico.

Sólo vuestro amor me cuadre,
que si a mi padre dejé,
en vos, mi Cristo, hallaré
Rey, Señor, Esposo y Padre.

El vestido de mi primo
en hombre me ha disfrazado;
la diligencia y cuidado
importa, ya que camino,
y del sol la clara luz
a la noche ha dado treguas.
No hay más de cinco o seis
leguas desde Toledo a la Cruz,
donde el instituto santo
del Seráfico pastor
tiene de abrazar mi amor.

Vamos, pues; mas, ¡ay, qué espanto!

Grillos me pone a los pies.
¿Qué dirá el mundo de mi?
Si me sigue y halla así
mi padre, ¿creerá después
que servir a Dios ordeno,
o que con tan nuevo traje
voy a afrentar mi linaje
roto a la vergüenza el freno?

¿Qué dirán los que en tal talle
tuvieren de mí noticia?
¿Y qué dirá la justicia
si así me topa en la calle?

Honra, ¿qué dirán de vos?
Mas ¿por qué mi temor fundo
en el qué dirán del mundo
si el mundo dejo por Dios?

No seré yo la primera
que con varonil vestido
busque a Dios; otras ha habido
que abrieron esta carrera.

Una Eugenia en traje de hombre
su casa y padres dejó,
y con los monjes vivió,
mudando en Eugenio el nombre;
de modo, que de su vida
es la mía imitadora.

¿No fué una santa Teodora
por hombre también tenida,
hasta que después de muerta
el mundo la conoció?

¿Por qué he de ser menos yo?
Cerraré al temor la puerta,
que el amor haga esta hazaña.

En Hazaña me dio el ser
Dios. Hazañas he de hacer;
mas--¡ay cielos!--¿si me engaña
mi loca imaginación?

Una mujer que es espejo
de su honor, sin más consejo,
sin más consideración,

¿tiene de dejar así
su fama? ¿No puedo yo
ponerla a riesgo? Sí... no...
pues... volveréme... no... si...

Y si mi padre me casa,
¿heme de ir de noche oscura?
Ésta es gran desenvoltura;
Juana, volvamos a casa.

Poco importa que te ensayes,
amor, pues no te resuelves.

*Quiere entrarse y detiéndela el ÁNGEL de
la Guarda*

ÁNGEL: Tente, Juana. ¿Dónde vuelves?
Esfuézate, no desmayes.

Vase

SANTA: ¡Jesús! ¡Qué notable fuerza
sin ver a nadie he sentido
que la vuelta me ha impedido!
La voz sonora me esfuerza;
ánimo cobro ya nuevo.
Eterno esposo, ya os sigo,
que, pues os llevo conmigo,
suficiente guarda llevo.

*Vase. Salen MARCO Antonio y LUOOVICO de
noche*

MARCO ANTONIO: Si saliese de noche, Ludovico,
el adúltero infame que me afrenta,
verás de mis agravios la venganza
satisfecha en mi honra mi esperanza.

LUDOVICO: No creyera jamás lo que la noche
que vimos dar asalto a tu honra y casa
sucedió.

MARCO ANTONIO: Amigo, allí mi honor se abrasa.

LUDOVICO: Tóledo al menos a tu esposa llame
Penélope española en esta ausencia.

MARCO ANTONIO: No han hecho como yo ellos la experiencia.

LUDOVICO: Bien puede ser que mi señora ignore
sus injurias, y dé alguna criada
al que te agravia así en tu casa entrada,
que a ser doña Leonor mujer liviana,
saliera tu enemigo por la puerta,
pues sin saltar pared la hallara abierta.

MARCO ANTONIO: ¿Cómo puede eso ser, si al saltar dijo,
"Por Dios, que es bella moza, y que el marido
dejó a riesgo un buen talle?" Estoy perdido.
Aquí, amigo, cualquier discurso cesa.

No hay disculpa bastante. Melchor muera,
que sola esta disculpa mi honra espera.

*Salen doña LEONOR, de hombre, y DECIO como de
noche*

LEONOR: Desde el mesón donde encubierto posa
le sigo recelosa de mis daños,
que amor todo es engaños. Decio amigo,
a la paga me obligo del cuidado
y aviso que me has dado.

DECIO: En esta casa
vive por quien se abrasa, que esta tarde
hizo su amor alarde, preguntando
quién la honraba habitando estas paredes.

Señala a MARCO ANTONIO

Tu Marco Antonio es, puedes por tus ojos
ver claros tus enojos y recelos.

LEONOR: ¿Que este es mi esposo? ¡Cielos! ¿De esta suerte
mi amor se paga? ¿Es muerte al fin la ausencia?
Ya miro la experiencia de mis daños.
Firmeza de dos años combatida
de la ocasión, ¿se olvida de este modo?
Decio, piérdase todo.

Da voces

DECIO: No des voces.

LEONOR: Si mi rabia conoces, ¿qué te asombras?
Noche, que en viles sombras favoreces
traidores, bien parece que te abscondes
del sol, pues correspondes a quien busca
la obscuridad que ofusca obligaciones.
Estrellas, que a ladrones dais amparo;
cielo con el sol claro que está ausente;

luna, un tiempo creciente, ya menguante,
a su amor semejante en la mudanza;
paredes, que en venganza de la fama,
con que el mundo me llama roca firme,
¿queréis por afligirme que os adore,
mi esposo, porque os llore quien os mira?
¿Calles en quien ya tira mi locura
piedras, que piedra dura no entenece
el mal que me enloquece? Gran Toledo,
en cuyos libros quedo eternizada
por noble, por honrada, por coluna
del honor; cielos, luna, sol, estrellas,
paredes, rejas bellas, calles, puertas,
mis sospechas son ciertas, mis recelos,
mis tormentos, mis celos no hay sanarlos.
¿Cosa es el aumentarlos ya forzosa!

DECIO: ¿Señora!

LEONOR: Ved si es cosa que se calle,
cuando ronda la calle donde habita
quien mi tormento incita. Ved si el hombre
es bien que tenga de mudable el nombre.

MARCO ANTONIO: ¿Qué voces serán éstas? ¿No es Leonora
la que se queja, llora y grita, cielos?
¿Si llora infames celos del que ha sido
mi deshonor? Perdido estoy, ya es cierta
mi sospecha. ¿A su puerta y a tal hora
dando voces Leonora? Amigo, muera
quien me ha ofendido.

LUDOVICO: Espera.

MARCO ANTONIO: El cadahalso
será esta calle.

LEONOR: ¿Ah falso! ¿Esto has traído
de las Indias que han sido tu Leteo?
Con sus bárbaros veo que recibes
sus ritos. ¿Qué caribes han trocado
aquel amor pasado, que envidiaban
cuantos la paz miraban, en que unidos,
ejemplo de maridos Marco Antonio
eras y testimonio? Pero miente

que por tal le confieso. Yo he sabido
que a Toledo has venido, aunque encubierto,
por los amores muerto de una Circe,
que así puede decirse quien te abrasa,
y viendo que tu casa así olvidabas
y a mí me despreciabas, te he seguido
con Decio, que ha sabido tus quimeras.
Si disculparme esperas con culparme,
armas tengo; vengarme en ti confío,
que por el honor mío, al propio esposo
mataré.

MARCO ANTONIO: ¡Ay, engañoso cocodrilo!
Las riberas del Tajo has vuelto en Nilo.

Salen JULIO y FABIO, hablan aparte

FABIO: Dejéle como digo en el retrete
de la sala de afuera aderezado
el vestido que saca cada noche;
levantóse, y buscándole, no pudo
hallarle, ni yo sé quién le ha tomado;
en fin, que se volvió a la cama haciendo
extremos y locuras de un furioso.

JULIO: No vi en mi vida cuento más donoso.

MARCO ANTONIO: Leonor, aquí no bastan las disculpas;
Ludovico lo vio, no hay engañarse
tantos ojos. Melchor, el estudiante
hijo del mercader, por tus paredes
entra de noche y sale; esto es sin duda.

JULIO: ¿Quién nombra aquí a Melchor? Escucha, Fabio.

MARCO ANTONIO: Hoy moriréis los dos.

JULIO: En el engaño
he caído. Melchor fue venturoso
en que le hurtasen el vestido, y éste
es de doña Leonor esposo caro,
que ya ha venido de Indias, y la noche
que en casa de Marcela la justicia
le obligó a que saltara sus paredes,
nos vio sin duda; miren si saliera

Melchor, ¡cuán venturoso hubiera sido!
FABIO: Dióle la vida quien le hurtó el vestido.
JULIO: Desengañarle, Fabio, es lo que importa.

A ellos

¡Ah caballero! ¿Hay pasó seguro?
MARCO ANTONIO: Si dice antes el nombre.
JULIO: Que me place.
Julio me llamo y es un grande amigo
del señor Marco Antonio.
MARCO ANTONIO: No hay ninguno
aquí con ese nombre.
JULIO: Yo lo creo,
pues por sí o por no, desengañaros
quiero de una sospecha que os aflige.
Melchor, de quien tenéis esos recelos,
no os ha ofendido, ni hay en toda España
quien se atreva a rendir la fortaleza
que vuestra esposa bella ha conservado
el tiempo que en Toledo os lloró ausente.
Lo que ha pasado es esto: Melchor trata
con una dama que pared en medio
de vuestra casa vive, cuyo nombre
es Marcela. Una noche tuvo aviso
la justicia que estaban los dos juntos;
entró a buscarlos y Melchor subióse
á una azotea, desde donde viendo
que le seguía un alguacil, fue fuerza
saltar un tejadillo vuestro, y luego
de él a la calle. Examinad si es cierto
del alguacil Ayuso, y dad mil gracias
a Dios y a vuestra esposa que merece
otro nombre mejor del que os parece.
MARCO ANTONIO: Amigo Julio: ¿es cierto lo que dices?
JULIO: Yo acompañé a Melchor aquella noche.
MARCO ANTONIO: Quitó a mi amor tu aviso las tinieblas
de celos que eclipsaban mi sosiego.
Como el que duerme y tiene pesadilla,

desde que entré en Toledo, Julio, he estado;
despertástemme; en fin, ya he sosegado.
Dame esos brazos, cara y dulce esposa,
y echemos a los celos esta culpa,
que no en balde los pintan con un ojo,
y el otro ciego, porque vean a medias
y engañan como a mi me han engañado.

LEONOR: Ya todo lo daré por bien empleado.

Sale un CRIADO

CRIADO: ¡Gran desgracia!

MARCO ANTONIO: ¿Qué es esto?

CRIADO: Fabio.

FABIO: Amigo.

CRIADO: Juana, sobrina del señor, la hija
de Juan Vázquez, aquella que en Hazaña

tantas señales dio de virtuosa...
ésa falta de casa.

FABIO: ¿Cómo?

CRIADO: Viendo
que la forzaba el padre a que tan niña
se casase, esta noche se ha ausentado,
y a lo que dicen disfrazada de hombre;
porque el vestido que Melchor tenía
de color, no parece.

JULIO: Eso es sin duda,
y hale valido el dar al primo vida,
que a dejarle, ya estuviera muerto.

CRIADO: Su padre está sin seso, su tío loco,
y todos imaginan que se ha ido
al monasterio de la Cruz, dos leguas
de Illescas, a ser monja, que así dijo
lo había prometido.

FABIO: Pues ¿qué intentan?

CRIADO: Todos van en su busca.

FABIO: Y yo ¿qué aguardo?

JULIO: Extraordinarias cosas hemos visto

en breves horas.

MARCO ANTONIO: Vamos, Julio, amigo,
a mi casa, que quiero regalaros
y que sepáis por experiencia el gusto
que causa amor después de largos celos.

JULIO: Como el sol tras las nubes en los cielos.

Vanse. Salen FRANCISCO Loarte y LILLO de camino

LILLO: La alegre conversación
facilita la molestia
del camino; hablemos, pues,
que aunque no hay más de seis leguas
de aquí a Toledo, me cansa
el verte que en todas ellas
por contemplar a tu esposa
no has despegado la lengua.

FRANCISCO: ¡Ay! Que estas seis leguas, Lillo,
me han parecido seiscientas,
según el Amor da prisa
al alma que nunca llega.
Mas ya que en conversación
quieres que las entretenga,
vuelve otra vez a contarme
de mi esposa la belleza,
cuando las joyas la diste
y la sabrosa respuesta
que te dio su viejo padre,
ya que la casta vergüenza
de mi Juana enmudeció.

LILLO: De todo te he dado cuenta
dos veces.

FRANCISCO: No seas pesado.

LILLO: Contarételo quinientas.
Llegó la señora mula
con su badulaque a cuestras
y el señor Lillo a las ancas
hasta la espaciosa vega.

Apeóse allí mi merced,
y cuando llegué a la puerta
de Visagra, alcé los ojos
y vi el aguilucho en ella
con sus dos cabezas pardas,
y haciendo una reverencia
dije, "Salve, pajarote,
de toda rapiña reina."
Entré por la calle arriba
y a poca distancia, cerca
de un barbero, vi una casa
que, aunque algo baja y pequeña,
el olor que despedía
me confortó de manera
que me obligó a preguntar
si algún santo estaba en ella.
Respondióme uno, "Aquí vive
San Martín." Hiqué en la tierra
las rodillas y creí
sin duda que era su iglesia.
Todo un Domingo de Ramos
vi encima de una carpeta
a la entrada, y dije, "Aquí
fiestas hay, pues ramos cuelgan."
Entré muy devoto dentro,
vi mil danzantes en ella
de capa parda bailando,
ya de pies, ya de cabeza.
Estaba sobre un tablero
una gran vasija llena
de agua con muchas tazas;
lleguéme allá, pensé que era
pila del agua bendita,
metí la mano derecha
mojando el dedo meñique
y salpiquéme las cejas.
Estaba allí una mujer
más gorda que una abadesa,
cura de aquella parroquia
una sobrepelliz puesta

o devantal remangado,
y recogiendo la ofrenda
dada al San Martín divino
que estaba sobre una mesa,
y debía de haber dado
a otro pobre la otra media
capa, porque estaba en cueros,
dijo la mujer, "¿No llega,
hermano?" "Ya voy," la dije.
Saqué de la faldriquera
medio real--que no doy menos
en limosnas como aquéllas--
y tomando una medida
me dio de sus propias venas
San Martín la blanca sangre
que hace hablar en tantas lenguas.
Proseguí con mi camino.

FRANCISCO: Saldrías de la taberna
como sueles.

LILLO: ¿Cómo suelo?
Calzadas con cinco suelas
las tripas, en fin, llegué
en cas de tu suegro.

FRANCISCO: Espera.

LILLO: ¿Qué hay de nuevo?

FRANCISCO: A pie y corriendo
me parece que se acerca
un muchacho hacia nosotros.

LILLO: Pues bien, ¿será cosa nueva
ver correr a un caminante?

FRANCISCO: No, mas la sangre me altera
su vista.

LILLO: Pues ¿qué imaginas?

FRANCISCO: Nada; sepamos qué priesa
le obliga a que así camine.

LILLO: Sepamos en hora buena.

Sale LA SANTA vestida de hombre

SANTA: Mi Dios: alas me habéis dado
con que como el alma vuela,

el cuerpo que de los lazos
del mundo se desenreda.
No siento cansancio alguno;
pero quien el yugo lleva
de vuestra ley, Cristo mío,
no se cansa, que no pesa.

FRANCISCO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Lillo, ¿mi Juana no es ésta?
Sí, que el retrato del alma
su imagen me representa.

LILLO: Yo ser tu esposa jurara,
a no tener por quimera
que mujer tan recogida
a tal locura se atreva.

FRANCISCO: Mi querida esposa es, Lillo,
prenda de mis ojos bella.

A ella

¿Adónde vais de ese modo?
SANTA: (¡Ay Dios! ¿Qué desdicha es ésta?) **Aparte**
Perdida estoy, dulce esposo.
Si corre por vuestra cuenta
el volver por vuestro honor
y yo soy esposa vuestra,
libradme de este peligro,
que ha visto el lobo la oveja,
y si no me guardáis vos
os ha de quitar la presa.

FRANCISCO: Dadme, mi esposa, esos brazos,
seré venturosa hiedra
de tu cuello.

*Va a abrazarla, hace que no la ve, ni LILLO
tampoco*

LILLO: ¿Hay tal suceso?

FRANCISCO: ¡Juana mía! Mas ¿qué es de ella?

Lillo, ¿qué se hizo mi bien?

LILLO: No sé pardiós. O lo sueñas,
o estoy cual suelo borracho,
o hay brujas en esta tierra.
Ella se ha vuelto invisible.

FRANCISCO: Cara esposa, ¿así me dejas?

SANTA: (Mi Dios, bien sabéis burlaros **Aparte**
de quien ofenderos piensa.
Aquí estoy y no me ven;
voyme, pues los ojos ciega
mi esposo de estos perdidos.
A fe, divina clemencia,
que hacéis muy buen guardadamas.

Vase la SANTA

FRANCISCO: Mi bien, mi querida prenda,
¿qué es esto? ¿adónde te has do?
Dame esos brazos, no seas
crüel conmigo.

Va a abrazar a LILLO

LILLO: ¡Arre allá!
¿Adónde diablos te pegas?
¿A mí los brazos? ¿No ves
que soy hembro y no soy hembra?

FRANCISCO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué es sto?

LILLO: Señor, ¿si acaso las setas
que comimos nos han vuelto
boca abajo las molleras?
¿Qué Urganda nos ha encantado
para enseñarnos quimeras
semejantes? Si has leído
a Urganda, ¿no se te acuerda
del anillo de Brunelo
con que Angélica la bella
se hacia invisible? Par Dios

que si tú Orlando ser piensas
que tela ha dado a mamar.

Salen JUAN Vázquez y Juan MATEO

JUAN: Primero que monja sea
bañaré estas canas blancas
en la sangre de sus venas.

MATEO: Todo esto merece, hermano,
quien quiere casar por fuerza
sus hijas.

JUAN: O ha de hacer
lo que yo la mando, o muera,
pues no obedece a su padre.

MATEO: Si por Dios los hombres deja,
quién la podrá persuadir
casarse?

JUAN: La obediencia.

FRANCISCO: ¿No es éste Juan Vázquez, Lillo?

LILLO: Juan Vázquez parece; llega
y agárrale, no se vaya,
que el diablo se regodea
con nosotros y se burla.

JUAN: ¡Hijo!

FRANCISCO: Señor.

JUAN: Si deseas
cobrar tu esposa, mis pasos
sigue.

FRANCISCO: ¡Ay Dios! Pues ¿quién la lleva?

JUAN: El deseo de ser monja
le dio atrevimiento y fuerzas
para disfrazarse de hombre.
En la Cruz tomar intenta
el sayal de San Francisco;
mas no hará lo que desea
mientras mis miembros cansados
tengan vida. Ven, ¿qué esperas?

FRANCISCO: No ha un instante que la vimos
Lillo y yo de esa manera.

JUAN: ¿Cómo no la detuvistes?

LILLO: Jugó a la gallina ciega
 con nosotros, y acogióse
 invisible.

MATEO: En su defensa
 lleva a Dios, ¿qué mucho?

JUAN: Vamos.

FRANCISCO: ¡Ay, Lillo, mi muerte es cierta!

Vanse. Sale la SANTA de hombre

SANTA: Ésta es la casa divina
 de la Cruz, en testimonio
 que la cruz del matrimonio
 que darne el mundo imagina
 menosprecio por la luz
 que la cruz de Dios me da,
 y así mi nombre será
 de hoy más Juana de la Cruz.

 Vuestras paredes sagradas
 beso, casa santa y rica,
 pues dentro de vos fabrica
 las piedras vivas labradas
 Dios, a poder de las llamas
 que el mundo en mi pecho ha visto,
 porque aquí tiene mi Cristo
 el cuarto real de sus damas.

 Quiero entrar, Francisco santo,
 donde con vuestra librea
 compuesta el alma se vea,
 y aunque no merezco tanto
 hacéis vos mi dicha cierta,
 pues os tengo por patrón;
 quiero ir a hacer oración,
 pues está la iglesia abierta.

Al tiempo que quiere entrar cantan dentro

MÚSICOS: "*Norabuena venga
Juana a mi casa,
que la tierra se alegra
y el cielo canta.*"

SANTA: Músicos divinos,
si mercedes tantas
hace vuestro dueño
a sus desposadas,
dichosa mil veces
y rica otras tantas
la que sus deseos
le ofrece y consagra.

MÚSICOS: "*Entra a desposarte
con Dios, que te aguardan
de Francisco santo
las humildes galas.*"

SANTA: Temo justamente
conforme a la traza
y traje en que vengo
que mis esperanzas
no sean admitidas.
Virgen soberana,
pues por madre os tengo,
allanad la entrada.

MÚSICOS: "*Paloma escogida,
tu esposo te llama
para aposentarte
dentro de su alma.*"

Salen la ABADESA y la MAESTRA de novicias

ABADESA: ¿Qué música celestial
con maravilla tan nueva
nuestros sentidos se lleva
tras sí?

SANTA: (¡Dichoso sayal,
 cuyas entretelas son
 la seda y brocados finos
 de favores tan divinos!
 Ensánchese el corazón
 con tan venturoso estado.)

Aparte

MAESTRA: ¡Oh música soberana!
 ¿Quién puede ser esta Juana
 a quien el cielo ha cantado
 motetes de su venida?

SANTA: (Ésta la prelada es
 de este convento.) Esos pies
 en quien consiste mi vida
 bese mi boca.

Aparte

ABADESA: Señor,
 alzad. ¿Eso habéis de hacer?

SANTA: Una mísera mujer
 os pide gracia y favor.

MAESTRA: ¿Vos mujer?

SANTA: Este disfraz
 de mi casa me destierra,
 donde el mundo me hizo guerra,
 y vengo a buscar la paz.

 A Dios, vuestro esposo, madre,
 di de mi dueño el renombre;
 quiso después, con un hombre,
 que me casase, mi padre;
 y por último remedio,
 con el vestido que veis,
 vengo a que ayuda me deis.
 Atrevido ha sido el medio;
 mas Dios, que todo lo allana,
 los estorbos allanó
 que el demonio me ofreció.

ABADESA: ¿Cómo es vuestro nombre?

SANTA: Juana.

MAESTRA: (Éste es el mismo que el cielo
 con regocijos festeja.)

Aparte

ABADESA: Aunque confusa me deja
 y con notable recelo

el veros, hija, llegar
de ese modo, la intención
puesta ya en ejecución,
es digna de ponderar.

El alma me pronostica
las virtudes que encubrís
con que a enriquecer venís
esta casa, que estáis rica
de los bienes celestiales
que en ella son menester.
Hoy os hemos de poner
las estimadas señales
que Francisco nos dejó
a las esposas de Cristo.

SANTA: ¿Cómo el contento resisto?
¿Cómo el gozo no salió
a agradecer tanto bien
por la boca y por los ojos?
Ya cesaron mis enojos;
cesó mi temor también.

*Salen JUAN Vázquez, Juan MATEO y FRANCISCO
Loarte*

JUAN: Aquí sin duda ha de estar;
porque en este monasterio
intentó desde la cuna
ser monja. Permita el cielo
que mi presencia la obligue
a que, mudando deseos,
no me dé triste vejez.

FRANCISCO: Contadme los dos por muerto
si no quiere ser mi esposa.

MATEO: Aquí está en el traje mesmo
que sospechamos en casa
cuando salió de Toledo.

JUAN: ¿Qué es esto, hija de mis ojos?

FRANCISCO: Dulce esposa, ¿cómo es esto?

MATEO: Sobrina, ¿así nos dejáis?

JUAN: ¿Las canas de un triste viejo
que te dio el ser y la vida
desprecias? El corto tiempo
que he de vivir, hija Juana,
¿es bien que viva muriendo?
No me dio más hijos Dios;
contigo vivía contento;
en ti a tu madre miraba
por ser tu rostro su espejo.
Tú eras, si estaba triste,
mi regalo, mi deseo,
mocedad de mi vejez,
de mi enfermedad remedio.
¿A quién dejaré mi hacienda
si me dejas y te dejas?
Mi muerte es cierta sin ti,
pues vivo porque te veo.
Hija, compañera, madre,
que esto y más contigo tengo,
¿tu padre quieres matar?
¿Este pago será bueno?

MATEO: Sobrina: mirad que Dios
quiere se haga el mandamiento
de los padres, y que os manda
que le obedezcáis al vuestro.
Casada podéis servirle,
que en el dulce casamiento
del matrimonio mil santos
os pueden servir de ejemplo.

FRANCISCO: Esposa del alma mía,
reina de mis pensamientos,
mira que yo te di el alma;
por el alma o por ti vengo.
Si mis quejas no te obligan,
si no te ablandan mis ruegos,
en tu presencia he de darme
la muerte, que estoy sin seso.
Mi hacienda, mis padres nobles
están, los brazos abiertos,
aguardándote en Illescas;

¿por qué con tal menosprecio
quieres que mi muerte lloren?

SANTA: Padre, a Dios por padre tengo.
Tío, Dios solo es mi tío;
Dios es mi esposo y mi dueño.
Francisco Loarte, aquí
determino morir; esto
os tengo de responder.
Dios lo quiere y yo lo quiero.

JUAN: Eso no; no quiere Dios
que a tu mismo padre viejo
mates, siendo tú el verdugo.
Madres, perdonad si os llevo
lo que es mi hacienda por fuerza.

*Quiere llevarla por fuerza y la SANTA se abraza a las
monjas*

ABADESA: Señor: resistir al cielo
es pecado.

JUAN: Has de venir,
o haré locuras y excesos.

SANTA: Madres: ¿así me dejáis?
Mi Dios, mi esposo, si es cierto
que son de los malhechores
sagrado asilo los templos,
¿por qué a mí no han de valerme?
En sagrado estoy, ¿qué es esto?
Mi Dios, Iglesia me llamo.
¡Aquí del rey y del cielo,
que de la Iglesia me sacan!
Francisco, el hábito vuestro
ha de librame esta vez.
Cordón, sed vos mi remedio.
¿No sois vos embajador,
Francisco, de Cristo mismo,
y el rey de armas de su casa,
pues en vos las suyas vemos?

De casa de embajadores
no sacan a ningún preso;
pues defendedme, Francisco,
que os quiebran los privilegios.

MAESTRA: ¿Hay más virtud en el mundo?

ABADESA: No quiera el piadoso cielo
que de nuestra casa salga
el tesoro que tenemos.

MATEO: Hermano: volved en vos,
dejad injustos extremos.

Dios por suya a Juana escoge;
Dios quiere ser vuestro yerno.
¿Queréis vos ir contra Dios?

JUAN: No sé quién me ablanda el pecho
y su dureza derrite;
pero el Amor todo es fuego.
No quiero a Dios ofender;
suyo es todo cuanto tengo;
sírvasse con todo Dios,
pues ya lo mejor le entrego.
Mi bendición y la suya,
hija, os alcance.

SANTA: Ya beso
esos pies, agradecida.

FRANCISCO: ¡Ay, Dios, cuán vanas salieron
mis marchitas esperanzas!

MAESTRA: Sosegad, señor.

FRANCISCO: No puedo
ni podré mientras que viva.

ABADESA: Vamos, hija, y os daremos
el hábito venturoso
de Francisco.

SANTA: Mi contento
se cumplió de todo punto.

ABADESA: Para que se cumpla el vuestro
esperad todos un rato,
y veréis a Juana presto
adornada con las galas
de su desposado eterno.

Vanse las tres

JUAN: Señor Francisco Loarte,
aquí el más sano consejo
es ver que, si Juana os deja,
no es por otro hombre del suelo,
sino por Dios; ya lo veis
las ventajas que os ha hecho
Dios, vuestro competidor.

FRANCISCO: Dejadme, que no hay consuelo
que mis tormentos aplaque.

MATEO: ¿Cómo un hombre tan discreto
así se deja llevar
del tropel de sus deseos?

FRANCISCO: No puedo más, que estoy loco.
Pues mi esposa hermosa pierdo,
piérdase con ella todo:
fuera vida, fuera seso:
huyan los hombres de mí.

JUAN: Sosegaos.

FRANCISCO: Soy el infierno,
¿cómo queréis que sosiegue?
Huid de mí. ¡Fuego, fuego!

Vase FRANCISCO de Loarte

MATEO: ¡Qué lástima!

JUAN: Sabe Dios
lo que su desdicha siento;
mas Él lo remediará,
pues por su causa se ha hecho.

*Salen la ABADESA, la MAESTRA de novicias y la SANTA,
de monja*

SANTA: ¡Qué alegre y compuesta salgo!
Pedid, padre, a mi contento

albricias. Éste es brocado,
no es, padre, sayal grosero.
Cristo es ya mi Esposo, tío,
dentro del alma le tengo.
Reina soy, porque Él es rey;
vos, padre, veréis sus reinos.

JUAN: Las lágrimas a los ojos
salen, mi Juana, al encuentro
para darte el parabién
del nuevo estado.

SANTA: ¡Y qué nuevo!
El alma me ha renovado.

MATEO: De manera me enternezco
que no puedo hablar de gozo;
mas darte los brazos puedo.

SANTA: Padre y señor, esto baste,
que estamos perdiendo
el tiempo y reñiráme mi Esposo,
porque es celoso en extremo.
Ya no soy mía. Adiós, padre.

ABADESA: La grande virtud contemplo
que encierra este serafín.

MAESTRA: Grandes cosas de ella espero.

SANTA: Dadme los brazos y adiós.

JUAN: ¡Hija mía: que te dejo!

Vanse los dos

SANTA: Bien guardada me dejáis,
en el cielo nos veremos.
Madre Abadesa, si gusta
vuestra caridad, pretendo
dar sólo gracias a Dios
por la merced que me ha hecho.

ABADESA: Su maestra de novicias
se la dará.

MAESTRA: Vuelva luego
al noviciado.

SANTA: Sí haré.

MAESTRA: ¿Hay tal ángel?
ABADESA: Es un cielo.

Vanse las dos

SANTA: Mi Dios, de casa soy ya;
ya los huéspedes se fueron,
aquí siempre ha de durar
el pan de la boda eterno.
¡Qué de ello os he de servir!
¡Qué palabras, qué requiebros
os piensa decir el alma!
Mas--¡válgame Dios!--¿qué es esto?

*MÚSICA arriba y aparécense entre unas
nubes S. DOMINGO y S. FRANCISCO con sus llagas*

S. FRANCISCO: ¿Conócesme, hija mía?
SANTA: ¿Si estoy en mí? ¿Si no duermo?
Vos sois mi Francisco santo,
a quien por padre obedezco.
S. DOMINGO: ¿Y yo?
SANTA: Sois Santo Domingo,
cuyos pies sagrados beso,
por honra de nuestra España
que dio tal Guzmán al suelo.
S. DOMINGO: El gran padre San Francisco,
a quien por hermano tengo,
y yo, Juana, competimos
con amorosos extremos
sobre cuya hija has de ser;
yo, en mi favor alego
que ser mía pretendiste
en mi amado Monasterio
El Real, que ilustra mi nombre
y tanto estima Toledo,
y a quien tan devota fuiste.
¿Esto, mi Juana, no es cierto?

SANTA: Sí, mi padre.

S. DOMINGO: Pues ¿qué esperas?
Ven.

S. FRANCISCO: Eso no, padre nuestro;
ella se vino a mi casa,
la posesión suya tengo.
Ya se vistió mi pobreza,
mía es; mas con todo eso
escoja. En su voluntad
su elección al gusto deo.

S. DOMINGO: Niña, mi hábito recibe.
Ya ves los santos que dieron
hoy al mundo de mi orden.
Ya sabes lo que te quiero.
Este escapulario blanco
es de la pureza ejemplo
que a Dios su virginidad
consagra. El hábito negro
es el luto por el mundo,
pues que para ti ya es muerto.
La devoción del rosario
que ves adornar mi cuello,
de mi Orden es. ¿Qué aguardas?
Paga el amor que te muestro
con tomar mi hábito santo.

S. FRANCISCO: Juana: aunque el mío es grosero,
tú escogiste su humildad;
mira cuál te agrada de éstos,
que yo gusto de tu gusto,
porque conozco tu pecho.

SANTA: Divino Predicador,
perdonad si veis que deo
vuestra sagrada blancura
por estos pobres remiendos;
que, como las cinco llagas,
aunque pobre, guarnecieron
con sus rubíes el sayal
de Francisco, es ya sin precio.
Dios es mi esposo, Domingo;
si a Dios en Francisco veo,

para estar siempre con Dios
estar con Francisco tengo.

A S. FRANCISCO

Vos sois mi santo, mi padre,
mi refugio, mi remedio,
mi regalo, mi descanso,
y así vuestro sayal quiero.

S. FRANCISCO: Mía ha sido la victoria.

S. DOMINGO: Yo estos brazos os ofrezco,
mi carísimo Francisco,
en señal del vencimiento.

Abrázanse los dos SANTOS y encúbrense

SANTA: ¡Oh, soberana visión!
Mi llagado, alegre quedo.
Juana, holgaos; alegraos, Juana.

Sale la MAESTRA

MAESTRA: ¿Hermana?

SANTA: ¿Madre?

MAESTRA: ¿Qué es esto?

¿Cómo da voces así?

Guardaré un año silencio,
sin que a más que al confesor
pueda hablar.

SANTA: Yo la obedezco.

MAESTRA: Del oro de su obediencia
probar los quilates quiero.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

*Salen la MAESTRA de novicias y sor María
EVANGELISTA*

MAESTRA: Confieso de esta mujer
la virtud más excelente
que puede en un alma haber,
y confieso juntamente
que mi verdugo ha de ser.

¿Ves lo que toda la casa
la quiere? ¿Ves lo que pasa
en su fe, en su mansedumbre?
Todo me da pesadumbre,
todo me inquieta y abrasa.

Su humildad conmigo lidia;
cuanto tú más la celebras
más me cansa y me fastidia,
porque todas las culebras
me atormentan de la envidia.

Dos años ha que tomó
el hábito, siendo yo,
por mi desdicha, maestra
de las virtudes que muestra,
y en ellas se adelantó

de modo que, por mi daño,
mi pesar cubro y engaño
y en ella a Dios reverencio.
Guardar la mandé silencio,
y ya sabes que en un año
no habló palabra.

EVANGELISTA: Si vieses
lo que Dios por ella ha hecho,

yo te digo que no hicieses
esos extremos. Al pecho
de su madre, de dos meses,
la mostró en mil ocasiones
el cielo revelaciones
que te hubieran admirado
a habérselas escuchado
como yo en sus recreaciones.

Desde que nació, los viernes
ayunó; y a quien Dios da
los favores que disciernes,
¿qué daño hacerle podrá
tu pesar?

MAESTRA: No me gobiernes,
que es la envidia pestilencia
del seso y de la paciencia
y temo...

EVANGELISTA: ¿Qué hay que temer?

MAESTRA: Que esta Juana me ha de hacer
con su virtud competencia.

Deseo ser abadesa,
como sabes, de esta casa.

EVANGELISTA: Pues ¿de una recién profesa
que en la cocina ahora pasa
su vida, temes?

MAESTRA: Sí, que ésa
mis intentos desvanece,
porque al paso que ella crece,
mi esperanza, amiga, mengua;
no sé qué tiene en la lengua
que cuando habla me parece
que, a mi pesar, se levanta
con el monasterio todo
por ser su sencillez tanta
y amarla todas de modo
que ya la tienen por santa
y no estiman mis lisonjas.

EVANGELISTA: Las virtudes son esponjas
que las voluntades beben.

MAESTRA: Las tuyas temo que aprueben

de tal manera las monjas
que, aunque me pese, la elijan
por abadesa después;
mira si es bien que me rijan
mis pesares.

EVANGELISTA: No les des
ese nombre, ni te aflijan,
que es muy moza para eso.

MAESTRA: Donde hay santidad y seso
hay vejez.

EVANGELISTA: Dices verdad.

MAESTRA: Luego no le falta edad,
aunque es moza.

EVANGELISTA: Lo confieso;
mas mira que viene aquí.

MAESTRA: Mis malas entrañas culpo.

EVANGELISTA: Que era la envidia leí
de la condición del pulpo,
que se está royendo a sí.

*Sale la SANTA con un barreñón de
barro*

SANTA: Ya ha dos años, mi Dios, que entré contenta
en vuestro real palacio por criada;
libros tenéis de cuenta en que la entrada
del que os viene a servir, Señor, se asienta.

Camino es esta vida, el mundo venta;
en ella es bien que quede averiguada
la nuestra, porque al fin de la jornada
sepáis que soy mujer de buena cuenta.

Después que vuestro pan, mi Cristo, como,
os sirvo en la cocina, y no me ciega
la bajeza y desprecio de este trato,

Porque dice Francisco, el mayordomo,
que quien en vuestra casa platos friega
con Vos se asienta y come en vuestro plato.

MAESTRA: ¡Ay, soror EVANGELISTA!
 Todo aquello es santo y bueno,
 pero para mí es veneno
 que entra al alma por la vista.
EVANGELISTA: Para mí es gloria.

Cae la SANTA y quiebra el barreñón

SANTA: ¡Ay mi Dios!
 Caí, y házeme quebrado,
 el barreñón... ¡Ah tiznado...!
 ¿Mas que andáis por aquí vos?
EVANGELISTA: La orza quebró.
MAESTRA: Quisiera
 que el corazón se quebrara,
 porque quieta me dejara.
EVANGELISTA: Madre, no diga eso.
MAESTRA: Espera,
 verás lo que hace.
SANTA: Pues bien,
 ¿ha de alabarse el tiñoso
 que ha salido victorioso
 de Juana? Eso no, mi bien.
 ¿Queréis que el convento entienda
 lo para poco que soy,
 y digan que en él estoy
 para quebrarles su hacienda?

Junta los pedazos e híncase de rodillas

 No, mi Dios, que es el convento
 muy pobre. Esposo querido,
 aunque lo que agora os pido
 declare mi atrevimiento;
 a fe que me habéis de dar
 mi rota vasija entera.
 Aquí vuestra esposa espera.
 No me veréis levantar

de la oración que os consagro
hasta que os venza su instancia;
que, aunque es de poca importancia,
y es bien que cualquier milagro
por grande ocasión se haga,
en cosas pocas, Señor,
se muestra más el amor,
porque de todo se paga.

San Benito, ¿no pidió
a vuestro amor excesivo
le sanásedes un cribo
que a su amo romper vio?

Yo, pues, también hago alarde
de vuestra piedad divina;
acabad, que la cocina
me aguarda, mi Dios, y es tarde.

*Sale un barreño nuevo en lugar del
quebrado*

EVANGELISTA: ¿Has visto tal maravilla?
Di, madre, ¿qué te parece?
Así el cielo favorece
a quien le sirve y se humilla.

MAESTRA: Espántame lo que he visto.

EVANGELISTA: Juana de la Cruz es santa.
..... [-anta.]

SANTA: ¡Lindo amante hacéis mi Cristo!
Una cosa os he de dar
por merced tan soberana
que yo me sé.

MAESTRA: Soror Juana,
¿dónde va?

SANTA: Madre, a fregar.

MAESTRA: ¿No quebró ese barreñón?
Pues ¿cómo está entero y sano?

SANTA: Lo que echó a perder mi mano
sanó Dios en la oración,
que hace milagros por ella

al paso de la esperanza.

MAESTRA: Pues ¿qué tanto, hermana, alcanza
con Dios? Diga ¿quién es ella
para que a su intercesión
se haga cosa importante?
Vanagloriosa, arrogante,
ya sé que estas cosas son
hechicerías; ya sé
quién es; álcese; ¿qué llora?

Híncase la SANTA en tierra llorando

SANTA: Soy la herencia pecadora;
no se espante si pequé.
Deme los pies y perdone.

MAESTRA: ¿Los pies la había yo de dar?

SANTA: Besaré, pues, el lugar
y tierra donde los pone.

Besa la tierra

EVANGELISTA: ¡Qué humildad tan soberana!

MAESTRA: ¡Ay, soror EVANGELISTA!
No hay quien mi envidia resista.
Vamos.

*Vanse. Quédase la SANTA postrada en
tierra*

SANTA: ¿Qué es aquesto, Juana?
¿Qué arrogancia es ésta vuestra?
¿Qué altivez y frenesí?
Mas diréis que no es así.
Pues lo dice la Maestra,
verdad es; yo os sacaré
la soberbia e hinchazón,
cuerpo vil y fanfarrón,

a azotes. Así os tendré
postrado en este lugar
hasta que la Madre os vea
y que sois humilde crea
dándoos los pies a besar;
que no es en vos ahora nuevo
esto de la gloria vana.
Mas yo os castigaré.

*Levantándola el ÁNGEL de la
guarda*

ÁNGEL: Juana.
SANTA: ¡Ay Dios, qué hermoso mancebo
ÁNGEL: El Ángel soy de tu guarda
que he venido a consolarte.
Yo propio he de levantarte.
SANTA: El temor que me acobarda
viendo tan grande beldad,
Ángel, no me deja hablaros,
porque vuestros rayos claros,
esa hermosa majestad
me ciegan; que de los pajes
sois vos del Rey, mi señor,
que con tanto resplandor
viste a quien tira sus gajes.
Dichoso el que asiste allá
libre de esta confusión;
si tales los pajes son,
¿qué tal el Señor será?
¿Hay más extraña belleza?
Pues la humana cortesía
llama al señor señoría,
y al príncipe y rey alteza.
Desde hoy mi lengua procura,
ayo mío venturoso
pues sois tan bello y hermoso,
llamaros Vuestra Hermosura.
Este título he de daros,

mas no os habéis de partir,
que ya no podré vivir,
Ángel mío, sin miraros.

ÁNGEL: Dios quiere que hables conmigo
siempre que hablarme quisieres
dondequiera que estuvieres,
y como a hermano y amigo
me veas y comuniques.

SANTA: ¡Gran favor! Ya mi paciencia
llevará mejor la ausencia
de mi Dios, cuando me expliques
su celestial señorío,
porque mis penas reporte
la grandeza de su corte
y su amor, custodio mío.

¡Qué gloria que he de tener!
¡Qué contenta que he de estar!
¡Qué de ello os he de tratar!
Porque no hay gloria y placer
para un alma que se abrasa
en la ausencia de su amante,
como hablar de él cada instante
con la gente de su casa.

ÁNGEL: Ésta en que estás te encomienda
nuestra reina soberana;
tú la has de gobernar, Juana,
tu protección la defienda;
que después que la pastora
Inés se dejó vencer
del mundo, como mujer,
la reina, nuestra señora,
a su hijo soberano
pidió que al mundo enviase
quien su casa gobernase;
y su poderosa mano
te crió para este fin,
conforme a su madre dijo
Cristo tu esposo y su hijo.
Aquí has de hacer un jardín
de plantas, cuya hermosura

la del cielo ha de adornar;
aquí tienes de plantar
el voto de la clausura,
que por no guardarle Inés
ni sus monjas se perdieron,
aunque penitencia hicieron
y se salvaron después.

Hoy te harán, Juana, tornera.

SANTA: Ángel santo: no hay en mí
bastantes fuerzas.

ÁNGEL: Así
lo quiere Dios. De Él espera
ayuda y fuerza segura.

SANTA: A servirle me provocho,
que todo se me hace poco
yendo con Vuestra Hermosura.

Vanse. Salen GIL llorando y LLORENTE

LLORENTE: ¿Un hombre tien de llorar
aunque le den más enojos?

GIL: ¿No tienen los hombres ojos?

LLORENTE: Sí, sólo para mirar;
no para que al llanto acudan,
porque no es hombre el que llora.

GIL: No lloran los míos agora,
Llorente.

LLORENTE: Pues ¿qué hacen?

GIL: Sudan.
Cuando mi Elvira murió,
que Dios haya, no lloré,
aunque, como veis, la amé,
porque con ella expiró
el recelo que hace guerra
al que una mujer percura
guardar; que no está segura
si no es debajo la tierra.
Pero en tan triste ocasión,
no os espante que me aflija

de ver cuál está mi hija.

LLORENTE: ¿Por un mal de corazón
habéis de llorar así?

GIL: Mal de corazón ¿es barro?
Si fuera tos o catarro
no hubiera tristeza en mí;
pero mal de corazón,
¿á quién no lastimará?

LLORENTE: Si habla siempre que la da
más latines que un sermón,
no es el dolor muy roín.

GIL: Llorente, aqueso me espanta.

LLORENTE: Es vuesa hija estodianta
y habla vascuence y latín,
¿y lloráis? Yo, por ventura
y no pequeña, tuviera
que mi hija latín supiera
y la viera después cura.

GIL: Afirma el beneficiado
que tien espíritos.

LLORENTE: ¿Cómo?

GIL: Yo por eso pesar tomo.

LLORENTE: Pues ¿por dónde habrán entrado?
¿Por la boca o por la zaga?

GIL: ¿No tien hartos agujeros
una mujer?

LLORENTE: ¡Oh, fulleros!
¡Oste puto! ¡Zorriaga
en ellos!

GIL: ¿No habrá un remedio?

LLORENTE: Echadla una melecina
de miel y de trementina
hirviendo de medio a medio,
y por no verse quemados
por la boca se saldrán.

GIL: Si en el infierno los dan
huego con los condenados,
y comen como avestruces
brasas, ¿cómo han de temer
ell agua?

trabaje, que no hay lugar
donde a Dios no pueda hallar
la vida contemplativa.

Yo me acuerdo, Jesús mío,
que, a falta de otro lugar,
mi iglesia era un palomar
cuando estaba con mi tío.
Lo demás es desvarío
de perezosos ingratos,
que los más sabrosos ratos
donde el sentido se arroba
es entre la humilde escoba,
las rodillas y los platos.

No hay lugar que me reporte
a no buscaros, Señor,
porque es piedra imán amor
y siempre mira a su norte.
¿No dicen que está la corte
donde está el rey? De ese modo
a buscaros me acomodo
en cualquier parte, mi Dios,
que todo es corte con vos
pues sois rey y estáis en todo.

Ha de haber un torno

Tornera soy; ahora bien;
entreteneos, alma mía,
pensad que esta portería
es el portal de Belén.
Aquí pastores estén,
aquí el buey, aquí el jumento.
¡Oh qué lindo nacimiento!
Razón es que se celebre.
El torno será el pesebre,
las mantillas mi contento.

Aquí la virgen está.
¡Ay soberana señora!
Mirad que mi Niño llora.

Por mis pecados será;
mas José le acallará,
que como le está sujeto
Cristo, le tendrá respeto;
mas Juana, acállale tú.

Canta y mece el torno

" ¡A la mú, Niño, a la mú!
¡Qué bello que es y perfeto! "

No lloréis, yo os haré fiesta,
Niño de infinito nombre.
¿Quién os hizo mal? El hombre.
¡Oh bellaco! ¡Para ésta!
¡Qué cara, mi Cristo, os cuesta
su golosina liviana!
Dalde al Niño la manzana
que tan mal provecho os hizo,
que para Dios fue de hechizo,
aunque la comistes sana.

Ea, no haya más, Manuel,
mi Pontífice, mi luz,
juradle al hombre la cruz,
que en cruz moriréis por él.
Mi azucena, mi clavel,
en vos contempla el sentido
a vuestro amor reducido.
Más grande mi dicha fuera
si en el torno ahora os viera
de veras recién nacido.

*Vuélvese el torno, y estará en
él un Niño Jesús desnudo entre heno y copos de
nieve*

Pero mi buena fortuna
lo que deseaba ha visto.
Mi Niño, mi Dios, mi Cristo,

Sol de la virgen, que es Luna,
¿del torno habéis hecho cuna?
Daros mil abrazos quiero,
Pastor, Rey, León, Cordero.
Buena ha estado la invención;
mas finezas de amor son,
que siempre fue invencionero.

Desaparécese

¡Qué contenta me dejáis!
¡Qué de favores me hacéis!
¡Qué de ello que me queréis!
¡Qué de ello que lo mostráis!
Acá os tengo, aunque os me vais;
mas ¿qué es esto? La campana

Tocan una campana

toca a alzar. Pues, ¿cómo, Juana,
es bien que el ver vuestra vida
en el altar os lo impida
esta pared inhumana?
¡Ay quién pudiera partilla
por ver alzar! ¡Ah, mi Dios!
Todo es fácil para vos.

*Rásgase la pared, y detrás está
un cáliz con un Niño Jesús*

¡Ay Jesús, qué maravilla!
Ensalzáis a quien se humilla.
¡Dichosa la enamorada,
mi Dios, que os sirve y agrada!
Ya se juntó la pared,
y en fe de tanta merced
quedará siempre quebrada

una piedra. Esposo casto,
mucho con vos medro y privo;
mas--¡ay!--que es mucho el recibo,
y poco o ninguno el gasto.
Mucho me dais, y no basto
a pagar aun las migajas
de tan divinas ventajas;
pero, perdonad, Señor,
si, como el mal pagador
después os pagase en pajas.

Vase. Salen la ABADESA y la MAESTRA

ABADESA: Esto al servicio del Señor conviene.

El padre provincial ha ya venido;
noticia de la hermana Juana tiene.
Por Prelada el convento la ha pedido.
Yo acabo ya mi oficio, pues que viene
nuestro Padre a visita, y persuadido
está de la virtud que en ella mora;
sin duda que la hará mi sucesora.

MAESTRA: ¿A una mujer que no tiene experiencia,
canas, ni autoridad? No trate de eso
que se me acaba, Madre, la paciencia.

ABADESA: ¿Qué importan canas donde sobra el seso?
La edad que más importa es la prudencia.
Ella ¡a tiene, autoridad y peso.

MAESTRA: Yo lo pretendo, y se me hace agravio.

ABADESA: El padre provincial es cuerdo y sabio.
Él mirará la que es más conveniente
para regirnos.

MAESTRA: ¡Qué una hipocresía
se me anteponga así! ¿Qué esto consiente
el cielo? ¡Oh rabiosa envidia mía!

Sale LA SANTA

SANTA: Madre, al torno ha llamado alguna gente
y entrar a hablarla dice que querría;
que, como no hay clausura en el convento,

SANTA: Mejor que yo merezco, Gil amigo.

GIL: Muy fraca está, por Dios, también lo digo.

SANTA: ¡Jesús! No jure, hermano.

GIL: Éste es mal uso.

¿Cómo no me pregunta por Marica,
mi hija?

SANTA: ¿Cómo está?

GIL: Vengo confuso.

La más salada estaba y más bonita
de toda Hazaña; pero ya rehusó
el verla nadie, porque tien la chica
espíritos, según dice nueso cura
que la da con la estola y la conjura.

Así la guarde Dios que mos los quite
pues que sus oraciones oye, Juana.

SANTA: ¿Yo, hermano? ¿aqueso dice?

GIL: Si permite

mi Marica vuelva a casa sana
os diabros se van al alcrebite
donde Pero Botero los batana
en su caldero, quedaré contento.
Aquí la tengo fuera del convento.

SANTA: ¿Quién soy yo para hacer cosa tan grande?

LLORENTE: Ella puede sacarlos, no hay excusa.

SANTA: Soy una grande pecadora.

GIL: Ande;

que pues llegar aquí Marica rehusa,
los espíritos la temen.

LLORENTE: Madre, mande

que mos haga este bien.

SANTA: Estoy confusa.

ABADESA: En virtud se lo mando de obediencia.

SANTA: Traigan luego la niña a mi presencia.

*Sacan dos o tres a una NIÑA, como por
fuerza*

NIÑA: No me lleven allá que pondré fuego
a todas las esquinas de esta casa.

SANTA: La cuerda de mi padre San Francisco
os hará sosegar.

NIÑA: ¡Ay, que me quema!
Juanilla de la Cruz, quítale presto.

GIL: Agora no hablaréis, diablo molesto.

SANTA: ¡Sal, maldito, de aquí!

NIÑA: Ni tú ni el cielo
no me podrán echar, que ésta es mi casa.

SANTA: Podrálo mi Jesús.

NIÑA: Eso me abrasa.

SANTA: ¡Sal presto!

NIÑA: *Noto exire, vil Juanilla,
in domo mea maneo; haec est mea domus
sine me.*

GIL: ¡Aho, Llorente! ¿Los dimoños
van cuando son mochachos al estudio?

LLORENTE: Sí, que también hay diablos estodiantes.

SANTA: Sal, padre de mentiras.

NIÑA: *¿Potestatem
habes ut me ejieias? Accipe higam.*

Dale una higa

¡Idiota! ¿no me entiendes?

SANTA: Don de lenguas
me ha dado a mí el señor.

NIÑA: Mi poder menguas.

SANTA: ¡Vete al infierno luego!

NIÑA: *Non che vollo.*

GIL: De noche bollos dice que la demos
y saldrá.

LLORENTE: Buen espacio nos tenemos.

GIL: Bollos y tortas le daré.

NIÑA: *Patrona,
sentite una parola, per mea vita,
mi che volo parlar Chichiliano.*

GIL: No debe ser cristiano este demonio.

LLORENTE: ¡Cristiano había de ser! ¿Hay diablo alguno cristiano?

GIL: Pues ¿no hay diablos bautizados?

LLORENTE: Así los llaman.

NIÑA: *Mi seño lo diablo
de Palermo.*

SANTA: Yo soy Juana, que ruega
a su Esposo divino que permita
librar el cuerpo de esta sierva suya.
El cordón de Francisco ha de acabarlo.
¡Sal fuera!

NIÑA: ¡Ay, que me abrasas, que me quemas!
Yo saldré, mas ¡para ésta, vil Juanilla,
que te acuerdes de mí!

ABADESA: ¡Gran maravilla!

Cae la NIÑA en tierra desmayada

SANTA: Llevalda, que ya el ángel condenado
dejó a la niña libre. Gil, llevadla
donde descansa y del desmayo vuelva.
Haced después que sea gran cristiana.

Llévanla

GIL: Dios se lo pague, amén, hermana Juana.

Sale sor María EVANGELISTA

EVANGELISTA: El padre provincial, Madre, ha venido.

ABADESA: Hermana Juana, vamos. Espantada
voy de tanta virtud. Yo haré de suerte
que nuestra casa y religiosas rija.

EVANGELISTA: ¡Oh, quiera Dios que el provincial la elija!

*Vanse. Salen el emperador CARLOS Quinto, don Alonso
de FONSECA, arzobispo de Toledo, y FRANCISCO Loarte*

CARLOS: Paso a Sevilla a la posta
y ser vuestro huésped quise.

FRANCISCO: De que los umbrales pise
hoy de esta su casa angosta,
vuestra majestad, se precia
de suerte, que la comparo
a los palacios que Paro
labró a Constantino en Grecia.

En ella otra Menfis pinto,
pues ensalzan sus paredes
las imperiales mercedes
que hoy la hace Carlos Quinto.

CARLOS: Basta, Francisco Loarte,
que ya he visto vuestro amor.

FRANCISCO: Si es propio de ti, señor,
ennoblecer cualquier parte,
no es mucho que hoy me ennoblezcas,
pues tan adelante pasa
mi ventura.

CARLOS: Es vuestra casa
de las mejores de Illescas,
y vos un vasallo leal;
memoria tengo de vos.

FRANCISCO: Prospere tu vida Dios.

CARLOS: Flaco estáis.

FRANCISCO: No lo fue el mal
que me ha tenido a la muerte.

CARLOS: Pues ¿de qué fue?

FRANCISCO: De desvelos;
si de Dios puede haber celos,
de él los tuve.

CARLOS: ¿De qué suerte?

FRANCISCO: El día que pretendí
desposarme, se metió
monja mi esposa, y dejó
burlado mi amor. Sentí,
señor, de modo el perdella,

que ha ya cerca de tres años
que lloro estos desengaños.

CARLOS: ¿Era hermosa?

FRANCISCO: Era muy bella;
pero a su belleza gana
su virtud, porque es de modo,
señor, que este reino todo
la llama la santa Juana.

FONSECA: ¿Ésa es Juana de la Cruz;
su patria, Hazaña?

FRANCISCO: La propia.

FONSECA: Son sus milagros sin copia.
Ya me han dado de ella luz.
Dos leguas está de aquí.
¿Quiere vuestra majestad
ver en una tierna edad
celestiales cosas?

CARLOS: Sí.
Noticia tengo, aunque poca,
de ella.

FONSECA: Lo que es más notable
es que el espíritu hable
de Dios por su misma boca.
Tiene don de profecía
y de lenguas; cuentan cosas,
aunque ciertas, prodigiosas.
Habla griego, algarabía,
y latín, de la manera
que si se hubiera criado
en cada tierra.

CARLOS: Espantado
estoy. Ya verla quisiera.
Partamos luego.

FONSECA: Ya están
prevenidas postas.

CARLOS: Ea,
venid.

FONSECA: Poco se rodea.

CARLOS: Llamen al gran capitán.

Vanse. Salen la MAESTRA y sor EVANGELISTA

MAESTRA: La envidia el alma me abrasa.

EVANGELISTA: Ya es sobra de pasión esa.

MAESTRA: ¿Juana, de casa abadesa?

¿Juana, prelada de casa,
y mis partes, mi gobierno,
mi pretensión despreciada?
¿Juana, de la Cruz prelada?
¡Ay, cielos! En un infierno
estoy de envidia.

EVANGELISTA: No tome,
madre, tan grande pasión.

MAESTRA: Las telas del corazón
alguna sierpe me come.

Ésta es hechicera; en ella
hay, sin duda, algún encanto.
¿Por qué el Espíritu Santo
había de hablar por ella?
¡Cómo finge! Es disparate;
yo sé que está endemoniada
cuando se queda arrobada
cada punto.

EVANGELISTA: ¡Que la trate
así! ¡Que eso diga!

MAESTRA: Pues,
¿no es el demonio quien habla
tantas lenguas con que entabla
sus pretensiones? ¿No ves
el bastante testimonio
que a todas os causa espanto?
No es el Espíritu Santo
quien habla sino el demonio.

EVANGELISTA: Disparate es escucharla.

Vase

MAESTRA: ¿Qué aguardo que no me vengo?

Por el hábito que tengo
que un lazo tengo de armarla
con que, al paso que ha subido,
caiga, siendo menosprecio
del mundo. ¡Ay, intento necio
para el mal siempre atrevido!
¿Quién a despeñarme viene?
La envidia, ¿qué bien causó?
Mas como me vengue yo
no importa que me condene.

Vase. Salen la SANTA y el ÁNGEL de la guarda

SANTA: Ángel santo, ¿yo prelada?
¿Yo de la Cruz abadesa?
¿Cómo ha de poder llevar
tan gran carga mi flaqueza?
Suplico a Vuestra Hermosura,
pues asiste en la presencia
de Dios, que alcance me quite
la Cruz, que me oprime a cuestras.
¿Yo cuenta de tantas almas
no pudiendo tener cuentas
con la mía?

Llora

ÁNGEL: ¿Por qué lloras?
Juana, ¿es ésa tu obediencia?
¿Es bien que la voluntad
de Dios resistas, que ordena
que gobiernes esta casa?
¿No te crió para ella?
¿No puedo ayudarte yo?
¿Conmigo ese temor muestras?
¿Es eso lo que me estimas?

SANTA: No haya más, Ángel, no sea
lo que quiero; su Hermosura
me anima, conforta, alegra
y me quita mis pesares.

Bien es que a Dios obedezca.
Su esposa soy, este anillo
me dió con su mano mesma,
y los desposados suelen
llevar el trabajo a medias.
Pero, decid, Ángel mío,
¿cómo nunca me dais cuenta
de vuestro nombre admirable?
Razón será que le sepa,
pues que somos tan amigos.
Decidlo, que en la perfeta
amistad, nunca ha de haber
cosa oculta ni encubierta.

ÁNGEL: San Laurel Aureo es mi nombre.

Hízome la mano eterna
de Dios de sus más privados.
Dióme gracias tan inmensas,
que el Ángel del Privilegio
me llaman, y en verme tiemblan
las infernales moradas
que a mi nombre están sujetas.
Yo fui el ángel de la guarda
de David, rey y profeta,
de San Jorge y San Gregorio,
coluna de nuestra Iglesia.
Mira lo que a Dios le debes,
pues tu guarda me encomienda
y a tales santos te iguala.
Y en tu misma boca y lengua
habla el Espíritu Santo,
y hablará lenguas diversas
por trece años, predicando
su ley divina y excelsa.
Su predicadora te hace.

SANTA: ¡Ay de mí! ¿Qué he de dar cuenta
de tantas prerrogativas?
Quiera el cielo no me pierda
siendo ingrata a tanto amor.

ÁNGEL: No harás, porque la clemencia
de tu Esposo y nuestro Rey

te amó antes que nacieras.
Tus súbditas vienen, Juana.

SANTA: Pues ¿cómo sola me deja
Vuestra Hermosura?

ÁNGEL: No son
dignas que cual tú me vean.
Siempre estoy, Juana, a tu lado.

*Vase. Sale la que era ABADESA, sor EVANGELISTA y
otras dos MONJAS*

ABADESA: Carísima madre nuestra,
¡qué alegre está vuestra casa
con prelada tan perfeta!

SANTA: ¡Ay madre! en las entrañas
os tengo a todas impresas.
Gloria a Dios que la clausura
ya nuestra casa profesa.
Ya no hay salir del convento
que, aunque es tal nuestra pobreza,
Dios nos la remediará.
Dejadlo a su providencia.

EVANGELISTA: Madre, una cosa venimos
a suplicarla, no sea
en vano nuestra esperanza
por ser la cosa primera
que sus hijas caras piden.

SANTA: Daros el alma quisiera
donde os tengo a todas juntas.
Pedid, pedid, norabuena.

ABADESA: Las almas del purgatorio,
después, madre, que por ella
somos tan devotas tuyas,
nos causan pena sus penas.
Pues nada la niega el cielo
de cuanto le pide y ruega,
pida a Cristo nos bendiga
nuestros rosarios y cuentas,
y que con su mano propia

las toque y después conceda
por su amor e intercesión
perdones y indulgencias.

TODAS: Madre, no diga que no.

SANTA: La intención, hijas, es buena;
yo lo comunicaré
con mi Ángel.

EVANGELISTA: Ya se alegran
nuestros corazones todos.

SANTA: ¿Adónde está la maestra?

ABADESA: En el coro estaba agora.

SANTA: Dios, madre, las dé paciencia.
Yo quiero dar bien por mal;
vicaria quiero que sea
del convento.

EVANGELISTA: (¡Qué virtud!) **Aparte**

ABADESA: ¿A quien su muerte desea
da el gobierno de su casa?

SANTA: Váyanse, pues, y no pierdan
el tiempo; váyanse al coro.

ABADESA: (Quien el dulce rato emplea **Aparte**
en la conversación santa
y doctrina de su lengua
no le pierde.)

SANTA: Miren que hoy
he comulgado, y me inquietan.

EVANGELISTA: (Este ratico no más **Aparte**
habemos de estar con ella.)

SANTA: ¿Qué he de hacer Esposo santo?
Veros quiero y no me dejan.

Dentro

VOZ: Pues yo te llevaré adonde
no te inquieten, cara prenda.

Volando desaparece la SANTA

EVANGELISTA: ¡Que se nos fue nuestra madre!

ABADESA: Juana santa, madre nuestra,
¿por qué nos dejáis así?
Vamos las dos a la iglesia
y pidamos a su Esposo
que a nuestra madre nos vuelva.

EVANGELISTA: ¡Soberana maravilla!

ABADESA: ¡Gran milagro!

EVANGELISTA: ¡Cosa nueva!

ABADESA: ¡Dichoso el convento y casa
que tiene tal abadesa!

*Salen la SANTA y el ÁNGEL de la guarda con un legajo
de papeles, y váselos dando*

ÁNGEL: Las almas del purgatorio
te dan esas peticiones,
porque con tus oraciones
su refrigerio es notorio.

Sus penas tu Esposo aplaca
por ti, y a tal favor llegas,
que a los por quien tú le ruegas,
de entre sus llamas las saca.

Ésta es de una que ha veinte años
que está en su fuego mortal
por un pecado venial,
que uno solo hace estos daños.

Ésta es de un grande de España
que pide alivio y consuelo
porque eres grande del cielo.

Ésta es de un hombre de Hazaña
y alega que es tu pariente.

En fin, todas han ya visto
que si es rey tu esposo Cristo,
eres tú su presidente.

SANTA: Pues dice Vuestra Hermosura
que por ruegos de su sierva
de las penas les preserva
que el oro de su fe apura,

a mi Esposo rogaré
por ellas.

ÁNGEL: Cúmplo así.
SANTA: Ningún mérito hay en mí;
 pero de mi Cristo sé
 que es amigo que le rueguen
 por modos extraordinarios,
 Ángel. Y de los rosarios,
 ¿qué me respondéis?

ÁNGEL: Que lleguen
 cuantos tus monjas hallasen,
 que hoy los tengo de llevar
 al cielo, donde ha de dar
 perdones con que se amparen
 Cristo, Juana, los mortales,
 e inmensas prerrogativas,
 que es de suerte lo que privas,
 y tus virtudes son tales,
 que tu Esposo soberano
 cuanto pidas quiere hacer;
 Él los tiene de tener
 y bendecir con su mano.

SANTA: ¡Oh, qué alegres han de estar
 mis monjas con tal ventura!
 ¿Dónde va Vuestra Hermosura?

ÁNGEL: Ya te vienen a buscar,
 y no quiero que me vean
 del modo que tú me ves.

*Vase. Sale la que era ABADESA y sor
EVANGELISTA*

ABADESA: Aquí está. Dadme los pies,
 que ver mis ojos desean.

EVANGELISTA: ¿Así os vais y nos dejáis,
 madre?

SANTA: Día de comunión,
 no ha de haber conversación.

Hijas, lo que deseáis
el cielo nos lo ha cumplido.
Mi Esposo bendecir quiere
cuantos rosarios le diere,
mi Ángel ha intervénido.
Buscad muchos y vení
entretanto que yo ruego
a su Hermosura que luego
los lleve.

EVANGELISTA: ¿Esta tarde?

SANTA: Sí.

ABADESA: ¿Hay tal ventura? No quede
en todo Cubas rosario
que no venga.

SANTA: Extraordinario
favor mi Cristo os concede.
¡Venturoso el desposorio
donde me ha llegado a dar
Dios tanto! Voy a rogar
por las que en el Purgatorio,
siendo mejores que yo,
de mi intercesión se valen.

Vase

ABADESA: ¿Qué mercedes hay que igualen
a las que el cielo nos dió?

Sale la MAESTRA

MAESTRA: Madre, el emperador
y arzobispo de Toledo
están en casa. (No puedo **Aparte**
hablar de envidia y dolor.)
A ver la abadesa vienen.

ABADESA: ¡Válgame Dios! ¿Aquí están?

MAESTRA: También el gran capitán.

EVANGELISTA: Si el tiempo nos entretienen

y la ocasión se nos pasa
del bien que nos hace el cielo
con los rosarios, recelo
no se pierda.

ABADESA: Si está en casa
el César, haga traer
los rosarios del lugar,
que yo iré luego a juntar
las monjas para irle a ver
y recibir entretanto
al emperador.

EVANGELISTA: Bien dice.

Vase

MAESTRA: (¡Que hasta el César autorice **Aparte**
a Juana! ¿Esto no es encanto?)

ABADESA: Avisen a la tornera
que abra la portería.

MAESTRA: Miente quien niega y porfía
que Juana no es hechicera.

*Vanse. Salen el EMPERADOR, don Alonso de FONSECA, el
arzobispo, y el Gran CAPITÁN*

FONSECA: Éste es, señor, el convento
donde está la santa.

CARLOS: Aquí
hoy, don Alonso, adquirí
gustos que en el alma siento.
Gonzalo Fernández, vos
veréis de Dios el poder
en una humilde mujer.

CAPITÁN: Todo lo puede hacer Dios.

CARLOS: Arzobispo, ¿han avisado
que venimos?

FONSECA: Sí, señor.

*Salen la ABADESA, la MAESTRA, EVANGELISTA y
otras*

EVANGELISTA: Aquí está el Emperador.

Vase

ABADESA: Mil veces sea bien llegado
vuestra majestad a honrar
esta casa, que ennoblece
con su vista.

Todas de rodillas

CARLOS: Bien parece,
hasta en el modo de hablar,
la virtud que aquí se encierra
y que es de Dios este celo.
Levantaos, Madres, del suelo.

ABADESA: Señor.

CARLOS: Alzaos de la tierra.

ABADESA: Dénos, pues, la santa mano,
primado grande de España,
por quien más alegre baña
Tajo el muro toledano,
de quien sois prelado y padre.

FONSECA: A la posta el César viene
por el deseo que tiene
de ver hoy a vuestra madre.
Haced cómo pueda vella
y avisadla.

ABADESA: Ya lo está;
mas, ¿cómo, señor, saldrá,
si está el espíritu en ella
de Dios, que su lengua toca,
dejándola transportada,
sin sentido y elevada?

CARLOS: Su devoción me provoca,
y de esa suerte deseo
verla.

ABADESA: Bien, señor, podéis.

*Descubren una cortina, y a la SANTA, de rodillas,
arrobada*

FONSECA: ¡Qué de mercedes que hacéis,
Señor, al humilde!

CARLOS: Hoy veo
la vanidad en que fundo
de mis reinos las grandezas.
¿Qué importan honras, riquezas,
la corona, el cetro, el mundo
ni la púrpura imperial
que cause soberbia tanta,
si con Dios se nos levanta
un remendado sayal?
Hincad todos en la tierra
las rodillas.

CAPITÁN: No han podido
todos cuantos han querido
vencerme, haciéndome guerra,
ni sus bélicos despojos
ablandarme el corazón,
y saca en esta ocasión
una mujer de mis ojos
el agua, que nunca han visto.

CARLOS: Éstas sí, gran capitán,
son hazañas.

CAPITÁN: ¿Qué no harán,
señor, soldados de Cristo?

SANTA: Hijo Carlos, por quien crece
en el mundo la ley santa
de mi iglesia, pues la aumentan
tus nunca vencidas armas,
oye atento lo que dice

el mismo Dios, que es quien habla
y rige agora la lengua
de Juana, mi esposa cara,
"Yo soy la tercer persona
de la Trinidad beata,
que en tres supuestos distintos
es un Dios y una substancia.
En pago del santo celo
con que nuestro nombre ensalzas,
hasta las Indias remotas,
que en cielo convierte a España,
te prometo de ayudarte
tanto, que jamás tu fama
borre el tiempo ni el olvido.
Vencerás en Alemania
los escuadrones soberbios
del sajón que te amenaza,
pervertido con la seta
de Lutero, cual él falsa.
Pondrán tus leyes su yugo
en la cerviz indomada
de Flandes, que te hace guerra
sin advertir que es tu patria;
tendrá a tu buena fortuna,
y no imitadas hazañas,
tal miedo el turco feroz
que, volviendo las espaldas
la otomana multitud,
pisarán después tus plantas
las lunas que enarboló
la potencia solimana.
Roma te abrirá sus puertas;
Milán, Nápoles y Francia
conocerán tus vitorias,
y las cercas africanas
de Túnez te llamarán,
a su pesar, su monarca,
dándole el rey que quisieres
y él a ti tributo y parias.
Y para que eches el sello

con la más heroica hazaña,
por la milicia divina,
dejando la que es mundana,
renunciarás en Filipo,
hijo de mi iglesia amada,
los reinos, púrpura y globo,
y en Yuste verá tu España
que las honras que ganaste
las pisas, porque son vanas,
pues si es mucho el adquirirlas
mucho más el despreciarlas.
A ti, Gonzalo Fernández,
gran capitán, que en Italia
dejaste en bronce esculpidos
los blasones de tus armas,
por tu católico celo
el nombre que a tu prosapia
dejas de Córdoba, haré
famoso, honrando tu casa.
El espíritu de Dios,
que por la boca de Juana
os habla, agora os bendice."

*Échales la bendición y corren la cor-
tina*

CARLOS: ¿Quién no se admira y espanta?

¡Dichosa casa mil veces,
y yo dichoso otras tantas,
que tal maravilla he visto!

CAPITÁN: Derretida llevo el alma.

CARLOS: Avisadme, tesorero,
para que limosna haga
a esta casa.

FONSECA: Yo la doy,
por ser su pobreza tanta,
el beneficio de Cubas.

ABADESA: Tu largueza nos ampara.

CAPITÁN: Yo la doy quinientos mil

maravedís.

ABADESA: Esos bastan
para que un cuarto labremos.

CARLOS: Vamos. ¡Ay, divina Juana!
Si a España las armas honran,
hónrelo también tal Santa.

*Vanse. Quédanse las monjas y sale sor
EVANGELISTA*

EVANGELISTA: ¡Madres, albricias! Ya ha vuelto
nuestra dichosa prelada
del éxtasis, y la he dado
cuentas, rosarios y sartas
en gran copia. Aquí las tiene
encerradas en esta arca,

Saca una arquilla

y dejándome la llave
está en su celda postrada
pidiendo a Dios las bendiga.

ABADESA: Todo cuanto quiere alcanza
de su Esposo.

EVANGELISTA: Ésta es la hora
que ya el Ángel de su guarda
al cielo las ha subido.

ABADESA: Abramos agora el arca;
veamos si están aquí
las cuentas.

Abren

EVANGELISTA: Aquí no hay nada;
pues nadie la arquilla ha abierto.

ABADESA: Penetróla quien las saca,
que todo lo puede Dios

y por él su esposa santa.
Vamos a ver nuestra madre;
hermana. Vuelva a cerrarla.

MAESTRA: (¡Qué no me dejes, envidia!)

Aparte

ABADESA: ¿No viene, madre Vicaria?

Vanse. Sale la SANTA

SANTA: Esposo de inmenso nombre,
¡qué importuna soy! ¿No os cansa
lo que os pido? Pero no,
que tenéis las manos largas.
El ver benditas sus cuentas
todas mis monjas aguardan.
Hacedlas esta merced.

Salen las MONJAS

ABADESA: Aquí está. Lleguen hermanas,
y hablémosla. Mas ¿qué es esto?

*Todas de rodillas, suena música, ábrese
una apariencia de la gloria. CRISTO, sentado en un trono, el
ÁNGEL
de rodillas dándole los rosarios y muchos ángeles
alrededor*

ÁNGEL: Autor eterno de gracia,
estos rosarios suplica
vuestra esposa y tierna Juana
[bendigáis con vuestra mano.]

Échalos CRISTO la bendición

ABADESA: ¿No le ha visto echar, hermana,
a Cristo la bendición?

EVANGELISTA: Miro maravillas tantas
que no sé si estoy despierta.

Encúbrese la gloria y baja el
ÁNGEL

ABADESA: ¿No ve cómo el Ángel baja
y los rosarios la ofrece?

SANTA: ¡Oh, cuánto debe mi alma,
Ángel, a Vuestra Hermosura!

ÁNGEL: A estos rosarios, Juana,
ha concedido tu esposo
los privilegios y gracias
que tienen los *Agnus Dei*.
Quien rezare en ellos saca
de penas de purgatorio
cada día muchas almas,
y gana tantos perdones
como hay hojas, flores, plantas
media legua alrededor
de este monasterio y casa,
y las indulgencias propias
de Asís, famosa en Italia.
Saldrán los demonios luego
de los cuerpos con tocarlas.
Librarán de enfermedades
torbellinos y borrascas.
La misma virtud tendrán
las cuentas a estas tocadas.
Todo lo concede Cristo,
con tal que las que da el Papa
se estimen como es razón.
Ven, esposa soberana,
adonde tu esposo veas.

Vuélvese un torno y desaparecen

EVANGELISTA: ¡Llévóselas transportada!

ABADESA: ¡Oh, milagrosa mujer!
 Son tus maravillas tantas,
 que no hay lengua que las cuente;
 para alabarte éstas bastan.

Sale UNO que acaba la comedia

UNO: En la segunda comedia,
 el autor, senado, os guarda
 lo que falta de esta historia.
 Suplid agora sus faltas.

FIN DE LA COMEDIA

Freeditorial 